



**LEON  
TROTSKY**

**2**

*contra el  
terrorismo*

**BIBLIOTECA SOCIALISTA 1992**

# CONTRA EL TERRORISMO

*Selección temática*

# INDICE

*Nota de los editores* 4

## **Parte I**

### ***Contra el terrorismo individual***

Introducción de Will Reissner 5

La posición marxista acerca del terrorismo individual 7

La bancarrota del terrorismo 11

El terrorismo y el régimen stalinista en la Unión Soviética 15

A favor de Grynszpan 20

El terrorismo y los asesinatos de Rasputín y Nicolás II 22

## **Parte II**

### ***Sobre el armamento obrero***

El papel revolucionario del ejército 24

La guerra, el fascismo y el armamento del proletariado 25

La milicia obrera 28

Sobre la autodefensa obrera 37

Los obreros deben aprender las artes militares 44

Acerca de la conscripción 45

## Nota de los editores

*Reunimos en un mismo volumen dos selecciones de trabajos de León Trotsky. La primera incluye un folleto editado por Pathfinder, Against Individual Terrorism (Contra el terrorismo individual), en una selección de Will Reissner. Agregamos otro artículo, "El terrorismo y los asesinatos de Rasputín y de Nicolás IP, que tomamos de los Writings of Leon Trotsky (1938-39) (Escritos de León Trotsky).*

*El segundo conjunto de escritos trata sobre un tema complementario: qué formas de lucha política armada pueden asumir las masas, y cómo instrumentarla ordenados de acuerdo a la fecha en que fueron escritos, el primero, al que hemos "titulado El papel revolucionario del Ejército", está traducido de The Spanish Revolution (1931-39). El segundo pertenece al tomo correspondiente a los años 1933-34 de los Writings... y los tres últimos al de 1939-1940. El tercero, al que pusimos el título general de "La milicia obrera", abarca tres puntos de la primera parte del libro ¿Adónde va Francia?, editado por Pluma en 1974. Juzgamos importante su inclusión porque se refiere a un tema, la defensa contra los ataques de grupos fascistas, que está a la orden del día ante el resurgimiento mundial de éstos y de diversas formas terroristas de derecha.*

*Febrero de 1975*

## Introducción

La efectividad del terrorismo individual como medio para lograr un cambio social era una de las cuestiones más calurosamente debatidas en el movimiento revolucionario ruso a fines del siglo pasado y comienzos de éste. Los marxistas rusos desarrollaban una constante lucha polémica contra las fuertes organizaciones terroristas, la *Narodnaia Volia* (Voluntad del Pueblo) y el Partido Social Revolucionario. A la orientación terrorista hacia los asesinatos individuales de funcionarios odiados y las acciones de pequeños grupos, los marxistas contraponían la necesidad de organizar las masas de obreros y campesinos rusos para la acción contra el zarismo.

En los últimos años, como respuesta a las brutalidades e inhumanidades del capitalismo, ha habido un incremento de los secuestros, ejecuciones, bombas y otros actos de terrorismo individual cometidos por grupos rcalizados. La última década ha visto el surgimiento de organizaciones terroristas en muchas partes del mundo, por ejemplo los Tupamaros en Uruguay, varias en la Argentina, el ETA en España, el IRA Provisional en Irlanda, la organización palestina Setiembre Negro y diversos grupos pequeños en los Estados Unidos como los Weathermen y el Ejército de Liberación Simbionés. Los mismos problemas que debatía hace tres cuartos de siglo el movimiento revolucionario ruso se discuten ahora nuevamente en todo el mundo.

Esto realza la importancia de los cuatro escritos sobre el terrorismo individual que hemos seleccionado de León Trotsky, dirigente de la Revolución Rusa y fundador de la Cuarta Internacional. Aunque fueron escritos entre 1919 y 1939, los temas que tratan hoy son nuevamente objeto de acaloradas controversias en el movimiento revolucionario.

La oposición de Trotsky al terrorismo individual no surge de ninguna aversión pacifista, moralista o ética hacia la violencia en cualquier situación, ni de ilusiones reformistas sobre la posibilidad de una revolución social pacífica. Más bien surgía de una comprensión básica de la ineffectividad del terrorismo individual, como estrategia para el cambio social. Repitió una y otra vez los tres temas principales de sus argumentos: primero, *que los actos terroristas no pueden eliminar más que a miembros individuales de la clase dominante y no a la propia clase dominante; segundo; que el terrorismo es un intento de sustituir la movilización social necesaria de las propias masas con las proezas técnicas de un pequeño grupo; y tercero, que no importa cuánto quieran los terroristas ligar sus proezas al movimiento de masas y a la lucha de clases, la necesidad de insistir en la más estricta seguridad y clandestinidad, y los esfuerzos que implica la preparación de las acciones obligan inevitablemente a los terroristas a abandonar todo trabajo agitativo y organizativo, en la clase obrera y el campesinado.*

Junto con las principales figuras del marxismo revolucionario, Trotsky hacía una distinción fundamental entre el terrorismo individual, sobre el que trata esta selección, y el terrorismo revolucionario que las masas oprimidas pueden emplear contra sus

opresores, como ocurrió por ejemplo en la Guerra Civil rusa o sucede ahora en Vietnam, en respuesta al despliegue terrorista iniciado por los contrarrevolucionarios. Su respuesta definitiva a las críticas de Karl Kautsky al "Terror Rojo" de la Guerra Civil rusa se editó con el título de *Terrorismo y comunismo*.

Marzo de 1974

Will Reissner

## La posición marxista acerca del terrorismo individual

(Este artículo apareció originalmente en la edición de noviembre de 1911 de *Der Kampf*, órgano teórico de la socialdemocracia austríaca, con el título "Acerca del terrorismo". Trotsky lo escribió a pedido de Federico Adler, director de *Der Kampf*, como respuesta a las actitudes terroristas que ciertos elementos difundían en la clase obrera austríaca. La traducción del ruso al inglés fue realizada por Marilyn Vogt y George Saunders.)

Nuestros enemigos de clase tienen la costumbre de quejarse de nuestro terrorismo. No resulta claro qué quieren decir. Les gustaría ponerles el rótulo de terroristas a todas las acciones del proletariado dirigidas contra los intereses del enemigo de clase. Para ellos, el método principal del terrorismo es la huelga. La amenaza de una huelga, la organización de piquetes de huelga, el boicot económico a un patrón superexplotador, el boicot moral a un traidor de nuestras propias filas: todo esto y mucho más es calificado de terrorismo. Si por terrorismo se entiende cualquier acción que atemorice o dañe al enemigo, entonces la lucha de clases no es sino terrorismo. Y lo único que resta considerar es si los políticos burgueses tienen derecho a proclamar su indignación moral acerca del terrorismo proletario, cuando todo su aparato estatal, con sus leyes, policía y ejército no es sino un instrumento del terror capitalista.

Sin embargo, debemos señalar que cuando nos echan en cara el terrorismo, tratan, aunque no siempre en forma consciente, de darle a esta palabra un sentido más estricto, menos indirecto. Por ejemplo, la destrucción de máquinas por parte de los trabajadores es terrorismo en este sentido estricto del término. La muerte de un patrón, la amenaza de incendiar una fábrica o matar a su dueño, el atentado a mano armada contra un ministro: todos éstos son actos terroristas en el pleno y auténtico sentido de la palabra. No obstante, cualquiera que conozca la verdadera naturaleza de la socialdemocracia internacional debe saber que ésta se ha opuesto de la manera más irreconciliable a esta clase de terrorismo.

¿Por qué?

El "terror" mediante la amenaza o la acción huelguística es patrimonio de los obreros industriales o agrícolas. La significación social de una huelga depende, en primer término, del tamaño de la empresa o rama de la industria afectada; en segundo lugar, del grado de organización, disciplina y disposición para la acción de los obreros que participan. Esto es cierto tanto en una huelga económica como en una política. Sigue siendo el método de lucha que surge directamente del lugar que en la sociedad moderna ocupa el proletariado en el proceso de producción.

Para desarrollarse, el sistema capitalista requiere una superestructura parlamentaria. Pero al no poder confinar al proletariado en un *ghetto* político, debe permitir, tarde o

temprano, su participación en el parlamento. En las elecciones se expresa el carácter masivo del proletariado y su nivel de desarrollo político, cualidades determinadas por su rol social, sobre todo por su rol en la producción.

Al igual que en una huelga, en las elecciones el método, objetivos y resultado de la lucha dependen del rol social y la fuerza del proletariado como clase.

Sólo los obreros pueden hacer huelga. Los artesanos arruinados por la fábrica, los campesinos cuya agua envenena la fábrica, los lumpenproletarios en busca de un buen botín, pueden destruir las máquinas, incendiar la fábrica o asesinar al dueño.

Sólo la clase obrera consciente y organizada puede enviar una fuerte representación al parlamento para cuidar de los intereses proletarios. Sin embargo, para asesinar a un funcionario del gobierno no es necesario contar con las masas organizadas. La receta para fabricar explosivos es accesible a todo el mundo, y cualquiera puede conseguir una pistola.

En el primer caso hay una lucha social, cuyos métodos y vías se desprenden de la naturaleza del orden social imperante; en el segundo, una reacción puramente mecánica que es idéntica en todo el mundo, desde la China hasta Francia: asesinatos, explosiones, etcétera, pero totalmente inocua en lo que hace al sistema social.

Una huelga, incluso una modesta, tiene consecuencias sociales: fortalecimiento de la confianza en sí mismos de los obreros, crecimiento del sindicato, y, con no poca frecuencia, un mejoramiento en la tecnología productiva. El asesinato del dueño de la fábrica provoca efectos policíacos solamente, o un cambio de propietario desprovisto de toda significación social.

Que un atentado terrorista, incluso uno "exitoso", cree la confusión en la clase dominante depende de la situación política concreta. Sea como fuere, la confusión tendrá corta vida; el estado capitalista no se basa en ministros de estado y no queda eliminado con la desaparición de aquéllos. Las clases a las que sirve siempre encontrarán personal de reemplazo; el mecanismo permanece intacto y en funcionamiento.

Pero el desorden que produce el atentado terrorista en las filas de la clase obrera es mucho más profundo. Si para alcanzar los objetivos basta armarse con una pistola, ¿para qué sirve esforzarse en la lucha de clases? Si una medida de pólvora y un trocito de plomo bastan para perforar la cabeza del enemigo, ¿qué necesidad hay de organizar a la clase? Si tiene sentido aterrorizar a altos funcionarios con el rugido de las explosiones, ¿qué necesidad hay de un partido? ¿Para qué hacer mítines, agitación de masas y elecciones si es tan fácil apuntar al banco ministerial desde la galería del parlamento?

Para nosotros el terror individual es inadmisiblemente precisamente porque *empequeñece el papel de las masas en su propia conciencia*, las hace aceptar su impotencia y vuelve sus ojos y esperanzas hacia el gran vengador y libertador que algún día

vendrá a cumplir con su misión.

Los profetas anarquistas de la "propaganda por los hechos" pueden hablar hasta por los codos sobre la influencia estimulante que ejercen los actos terroristas sobre las masas. Las consideraciones teóricas y la experiencia política demuestran lo contrario. Cuanto más "efectivos" sean los actos terroristas, cuanto mayor sea su impacto, cuanto más se concentre la atención de las masas en ellos, más se reduce el interés de las masas en organizarse y educarse.

Pero el humo de la explosión se disipa, el pánico desaparece, un sucesor ocupa el lugar del ministro asesinado, la vida vuelve a sus viejos cauces, la rueda de la explotación capitalista gira como antes; sólo la represión policial se vuelve más salvaje y abierta. El resultado es que el lugar de las esperanzas renovadas y de la excitación artificialmente provocada viene a ocuparlo la desilusión y la apatía.

Los esfuerzos de la reacción por poner fina las huelgas y al movimiento obrero de masas han culminado generalmente, siempre y en todas partes, en el fracaso. La sociedad capitalista necesita un proletariado activo, móvil e inteligente; no puede por tanto, tener al proletariado atado de pies y manos por mucho tiempo. En cambio la "propaganda por los hechos" de los anarquistas há demostrado cada vez que el Estado es mucho más rico en medios de destrucción física y represión mecánica que todos los grupos terroristas juntos.

Si esto es así, ¿qué pasa con la revolución? ¿Queda negada o imposibilitada? De ninguna manera. La revolución no es una simple suma de medios mecánicos. La revolución sólo puede surgir de la agudización de la lucha de clases, su victoria la garantiza sólo la función social del proletariado. La huelga política de masas, la insurrección armada, la conquista del poder estatal; todo esto está determinado por el grado de desarrollo de la producción, la alineación de las fuerzas de clase, el peso social del proletariado y, por último, por la composición social del ejército, puesto que son las fuerzas armadas el factor que decide el problema del poder en el momento de la revolución.

La socialdemocracia es lo bastante realista como para no desconocer la revolución que está surgiendo de las circunstancias históricas actuales; por el contrario, va al encuentro de la revolución, con los ojos bien abiertos. Pero, a diferencia de los anarquistas y en lucha abierta contra ellos, la socialdemocracia rechaza todos los métodos y medios cuyo objetivo sea forzar el desarrollo de la sociedad artificialmente y sustituir la insuficiente fuerza revolucionaria del proletariado con preparaciones químicas.

Antes de elevarse a la categoría de método para la lucha política, el terrorismo hace su aparición bajo la forma del acto individual de venganza. Así fue en Rusia, patria

del terrorismo. Los azotes a los presos políticos llevaron a Vera Zasulich a expresar el sentimiento de indignación general con un atentado contra el general Trepov. <sup>1</sup> Su ejemplo cundió entre la intelectualidad revolucionaria, desprovista del apoyo de las masas. Lo que comenzó como un acto de venganza perpetrado en forma inconsciente fue elevado a todo un sistema en 1879-1881. <sup>2</sup> Las oleadas de atentados anarquistas en Europa Occidental y América del Norte siempre se producen después de alguna atrocidad cometida por el gobierno: fusilamientos de huelguistas o ejecuciones de la oposición política. La fuente psicológica más importante del

terrorismo es siempre el sentimiento de venganza que busca una válvula de escape.

No hay necesidad de insistir en que la socialdemocracia nada tiene que ver con esos moralistas a sueldo que, en respuesta a cualquier acto terrorista, hablan solemnemente del "valor absoluto" de la vida humana. Son los mismos que en otras ocasiones, en nombre de otros valores absolutos -por ejemplo, el honor nacional o el prestigio del monarca- están dispuestos a llevar a millones de personas al infierno de la guerra. Hoy su héroe nacional es el ministro que da la orden de abrir fuego contra obreros desarmados, en nombre del sagrado derecho de la propiedad privada; mañana, cuando la mano desesperada del obrero desocupado se crispe en un puño o recoja un arma, hablarán, sandeces acerca de lo inadmisibles de la violencia en cualquiera de sus formas.

Digan lo que digan los eunucos y fariseos morales, el sentimiento de venganza tiene sus derechos. Habla muy bien a favor de la moral de la clase obrera, el no contemplar indiferente lo que ocurre en éste, el mejor de los mundos posibles. No extinguir el insatisfecho deseo proletario de venganza, sino, por el contrario, avivarlo una y otra vez, profundizarlo, dirigirlo contra la verdadera causa de la injusticia y la bajeza humanas: tal es la tarea de la socialdemocracia.

Nos oponemos a los atentados terroristas porque la venganza *individual* no nos satisface. La cuenta que nos debe saldar el sistema capitalista es demasiado elevada como para presentársela a un funcionario llamado ministro. Aprender a considerar los crímenes contra la humanidad, todas las humillaciones a que se ven sometidos el cuerpo y el espíritu humanos, como excrecencias y expresiones del sistema social imperante, para empeñar todas nuestras energías en una lucha colectiva contra este sistema: ése es el cauce en el que el ardiente deseo de venganza puede encontrar su mayor satisfacción moral.

---

1- Vera Zasulich (1849-1919), perteneció a la dirección del Partido Socialdemócrata Ruso hasta 1903, en que éste se dividió en mencheviques y bolcheviques. Pasó entonces a la dirección de la fracción menchevique. El 24 de enero de 1878 atentó contra el jefe de policía, Trepov, por cuya orden un detenido había sido sometido a castigos corporales poco antes.

2- *Narodnaia Volia* (Voluntad del Pueblo) era el partido de los narodniki (populistas), intelectuales rusos organizados para liberar a los campesinos con concepciones anarquistas y medios terroristas. Después del asesinato del Zar Alejandro II en 1881, la organización fue aplastada por el gobierno zarista.

## La bancarrota del terrorismo

(Este es un extracto del artículo titulado "El colapso del terror y su partido (Acerca del caso Azef)" publicado originalmente en el periódico polaco *Przeglad Socyal-demokratyczny* en mayo de 1909.)

(Se trata de un análisis de las sensacionales revelaciones acerca de Evno Azef, alto dirigente de la Organización de Combate, brazo terrorista del Partido Social Revolucionario. A principios de 1909 se reveló que Azef era agente de la policía secreta zarista. En el curso de su trabajo como provocador, Azef llegó a ser responsable del asesinato del ministro cuyo departamento lo había contratado. (Los dos tercios restantes de este artículo aparecen en *The Militant* del 1º de febrero de 1974.)

Durante todo un mes, la atención de toda persona capaz de leer y reflexionar ha estado dirigida hacia el caso Azef, tanto en Rusia como en el resto del mundo. Todos conocen el "caso" a través de la prensa legal y las crónicas parlamentarias, por el pedido de interpelación sobre Azef presentado por algunos diputados en la Duma.

Ahora Azef ha tenido el tiempo necesario para pasar a la trastienda. Su nombre aparece cada vez menos. Sin embargo, antes de relegar a Azef al basural de la historia de una vez por todas, creemos necesario resumir las principales lecciones políticas, no en lo que hace a las maquinaciones tipo Azef *en sí*, sino con respecto al terrorismo en su conjunto, y a la actitud que mantienen hacia él mismo los principales partidos políticos del país.

El terror individual como método para la revolución política es nuestro aporte "nacional" ruso.

Por supuesto que el asesinato de "tiranos" es casi tan antiguo como la institución de la "tiranía", y los poetas de todas las épocas le han cantado más de una loa a la daga libertadora.

Pero el terror sistemático, que asume la tarea de eliminar a sátrapa tras sátrapa, ministro tras ministro, monarca tras monarca -"Sashka tras Sashka" como formulara familiarmente el programa del terrorismo un militante de Narodnaia Volia en 1880- esta clase de terror, que se ajusta a la jerarquía burocrática del absolutismo y crea su propia burocracia revolucionaria, es producto de los singulares poderes creadores de la intelectualidad rusa.

Desde luego, deben existir profundas razones para esto, debemos buscarlas, primero, en la naturaleza de la autocracia rusa, y luego en la naturaleza de la intelectualidad rusa.

Para que la idea misma de destruir el absolutismo por medios mecánicos pudiese difundirse, el aparato estatal hubo de aparecer como un simple órgano de coerción externo, sin raíces en la organización social. Y ésa es, precisamente, la forma que

asumió la autocracia rusa a los ojos de la intelectualidad revolucionaria.

Esta ilusión poseía un fundamento histórico propio. El zarismo se formó bajo la presión de los estados culturalmente más adelantados de Occidente. Para poder competir, debía desangrar a las masas populares y rnoverles así el piso a las propias clases privilegiadas. Estas clases no pudieron alcanzar el nivel político de sus similares de Occidente.

A ello se agregó, en el siglo XIX, la fuerte presión de la Bolsa de Comercio europea. Cuanto mayores eran las sumas que ésta le prestaba al régimen zarista, menos dependía éste de las relaciones económicas internas.

El capital europeo le permitió armarse de tecnología europea, convirtiéndolo así en una organización (relativamente, desde luego) "autosuficiente", ubicada por encima de *todas las clases sociales*.

Semejante situación naturalmente podía dar surgimiento a la idea de hacer volar esta superestructura foránea con dinamita. La intelectualidad se sintió llamada a realizar esta tarea. Al igual que el Estado, la intelectualidad hablase dejarrollado bajo la presión directa e inmediata de Occidente; al igual que su enemigo el Estado, se adelantó al nivel de desarrollo económico del país: el Estado, *tecnológicamente*; la intelectualidad, *ideológicamente*.

Mientras que en las viejas sociedades burguesas europeas las ideas revolucionarias se desarrollaron más o menos a la par de las grandes fuerzas revolucionarias, en Rusia los intelectuales tuvieron acceso a la cultura y política prefabricadas de Occidente; su pensamiento sufrió una revolución antes de que el desarrollo económico del país hubiese dado surgimiento a clases revolucionarias serias en las cuales apoyarse. En estas circunstancias, nada les quedaba a los intelectuales sino multiplicar su ardor revolucionario con el poder explosivo de la nitroglicerina. Así surgió el terrorismo clásico de *Narodnaia Volia*.

Alcanzó su cenit en dos o tres años y luego quedó rápidamente reducida a la nada, habiendo consumido en sus fogosas luchas todas las reservas de combate que la intelectualidad, numéricamente débil, era capaz de proveer.

El terror de los socialrevolucionarios fue en gran medida producto de los mismos factores históricos: por un lado, el despotismo "auto suficiente" del estado ruso; por el otro, la "auto suficiente" intelectualidad rusa.

Pero dos décadas no habían transcurrido en vano, y cuando aparece la segunda oleada de terroristas, lo hacen como *epígonos*, con el sello "perimidos por historia".

La época del "Sturm und Drang" (tormenta y tensión) capitalista de las décadas 1880-1890 dieron nacimiento y permitieron la consolidación de un gran proletariado industrial, afectando seriamente el aislamiento económico del campo y ligándolo más estrechamente a la fábrica y la ciudad.

Detrás de *Varodnaia Volia* no había realmente una clase revolucionaria. Los socialrevolucionarios simplemente no querían ver al proletariado industrial; al menos, no fueron capaces de apreciar su significación histórica.

Por supuesto, sería fácil juntar una docena de citas de la literatura socialrevolucionaria para demostrar que ellos no plantean hacer terrorismo en lugar de la lucha de las masas, sino junto a las mismas. Pero éstas sólo atestiguan la lucha que los ideólogos del terror han debido librar contra los marxistas, ideólogos de la lucha de masas.

Ello no cambia las cosas. El trabajo terrorista, por su propia esencia, exige tal concentración de energías para el "gran momento", tal sobreestimación de la significación del heroísmo individual y, por último, una conspiración tan hermética que -psicológica si no lógicamente-excluye totalmente el trabajo organizativo y de agitación entre las masas.

Para los terroristas, no existen más que dos focos centrales en el terreno político: el gobierno y la Organización de Combate. "El gobierno está dispuesto a aceptar temporariamente la existencia de todas las demás corrientes -escribía Gershuni (uno de los fundadores de la Organización de Combate de los socialrevolucionarios) a sus camaradas en momentos en que pendía sobre él una sentencia de muerte-, pero ha decidido dirigir todos sus golpes hacia la destrucción del Partido Social Revolucionario."

"Confío sinceramente -decía Kaliaev (otro terrorista social revolucionario)-, en que nuestra generación, dirigida por la Organización de Combate, liquidará la autocracia."

Todo lo que queda afuera del marco del terror no es más que la puesta en escena para la lucha; en el mejor de los casos, un medio auxiliar con el fogonazo enceguedor de las bombas que explotan, los contornos de los partidos políticos y las líneas divisorias entre las clases en lucha desaparecen sin dejar rastros.

Y escuchamos la voz de Gershuni, el mayor de los románticos y el mejor activista del nuevo terrorismo, instando a sus camaradas a "evitar una ruptura no solo con las filas revolucionarias, sino también con los partidos de oposición en general".

"No en *lugar* de las masas, sino *junto con* ellas." El terrorismo, empero, es una forma de lucha demasiado "absoluta" como para contentarse con un papel limitado y subordinado dentro del partido.

Engendrado por la falta de una clase revolucionaria, resucitado luego por la falta de confianza en las masas revolucionarias, el terrorismo puede subsistir solamente si explota las debilidades y falta de organización de las masas, si minimiza sus conquistas y exagera sus derrotas.

"Ven que es imposible, dada la naturaleza del armamento moderno, que las masas populares utilicen tridentes y palos -armas milenarias de defensa popular- para

destruir las bastillas de los tiempos modernos”, dijo Jdanov, abogado defensor de los terroristas, durante el juicio de Kaliaev.

“Después del 9 de enero <sup>3</sup> comprendieron bien la situación; y respondieron a la ametralladora y al fusil de repetición con el revólver y la bomba; éstas son las barricadas del siglo XX.”

Los revólveres de los héroes en *lugar* de los palos y tridentes del pueblo; bombas en *lugar* de barricadas: tal es la verdadera fórmula del terrorismo.

Y sea cual fuere el papel subordinado que le asignan al terrorismo los teóricos “sintéticos” del partido, siempre ocupa, en los hechos, el sitio de honor. Y la Organización de Combate, colocada por la dirección del partido *bajo* el Comité Central, inevitablemente termina colocándose por *encima* del Comité Central, por *encima* del partido y todas sus tareas, hasta que el destino cruel la coloca bajo el Departamento de Policía.

Y es precisamente por ello que la caída de la Organización de Combate, como resultado de la infiltración policial, significa inevitablemente la caída política del partido.

---

3- El 9 de enero de 1905 fue la masacre del “domingo san-grieto” que marcó el comienzo de la Revolución Rusa de 1905.

## El terrorismo y el régimen stalinista en la Unión Soviética

(Para justificar el terror oficial desatado contra la oposición de izquierda trotskista (y prácticamente contra toda la vieja generación revolucionaria) en las sangrientas purgas de los años 30, Stalin y su aparato policial y judicial los acusaron de conspiración y terrorismo antisoviéticos, incluyendo el sabotaje, asesinato, etcétera.

(En el siguiente testimonio, pronunciado ante la "Comisión Internacional de Investigación de los Cargos pronunciados contra León Trotsky en el Juicio de Moscú" el 17 de abril de 1937, Trotsky se refirió al trasfondo político de las acusaciones de Stalin contra la Oposición, explicando por qué los trotskistas no podían siquiera pensar en recurrir al terror en la lucha contra la burocracia stalinista en la URSS.

(Las referencias al asesinato de Kirov aluden a Sergio Kirov, dirigente del Partido Comunista de Leningrado, asesinado por, Nikolaiev en diciembre de 1934. Nikolaiev había apoyado a Zinoviev en la Oposición Conjunta de 1926-27. Su atentado terrorista fue utilizado para enjuiciar a Zinoviev, Kamenev y otros grandes dirigentes de la Revolución Rusa por complicidad en el asesinato.)<sup>4</sup>

Si el terror es factible para un bando, ¿por qué considerarlo vedado para el otro? Este razonamiento, seductoramente simétrico, es falso hasta la médula. No se puede colocar el terror de una dictadura contra su oposición en el mismo plano que el terror de la oposición contra la dictadura. Para la camarilla dominante, la preparación de asesinatos por intermedio de una corte o de una emboscada es lisa y llanamente un problema de técnica policial. En la eventualidad de un fracaso, siempre pueden sacrificarse algunos agentes de segunda categoría. Para la oposición, el terror supone la concentración de todas sus fuerzas en la preparación de los atentados, sabiendo de antemano que cada atentado, tenga o no éxito, provocará la liquidación de decenas de sus mejores hombres. Una oposición no podría permitirse ese insensato despilfarro de sus fuerzas. Por esta razón, y por ninguna otra, la Comintern no recurre a actos terroristas en los países donde imperan las dictaduras fascistas. La Oposición tiene tan poco interés en la política suicida como la Comintern.

Según la acusación, rayana en la ignorancia y la haraganería mental, los "trotskos" están decididos a liquidar al grupo dominante para abrirse el camino al poder. El filisteo corriente, sobre todo si lleva la chapa de "amigo de la URSS" razona de la

---

4- *La Oposición de Izquierda* se formó en 1923, a iniciativa de León Trotsky, como fracción del Partido Comunista Ruso para luchar contra la burocratización y por la vuelta a los principios de la democracia y el internacionalismo proletario. En 1926-1927 se formó un bloque con otros sectores que también pasaron a oponerse a Stalin. Uno de los dirigentes de la Oposición Conjunta fue Grigori Zinoviev (1883-1936), que había ayudado a Stalin en su campaña contra los "trotskistas". Juntamente con León Kamenev (1883-1936) formaron parte de la Oposición hasta que ésta fue derrotada en diciembre de 1927. Luego capitularon ante Stalin y fueron reincorporados al partido. En 1932 los expulsaron nuevamente, y los reincorporaron en 1933. En las parodias de juicios de Moscú de 1936 fueron condenados y ejecutados.

siguiente manera: "La Oposición no puede sino luchar por el poder y debe, por tanto, odiar al grupo que lo detenta. ¿Por qué, entonces, no ha de recurrir al terrorismo?" En otros términos, para el filisteo la cuestión termina donde en realidad comienza. Los dirigentes de la Oposición no son advenedizos ni novatos. El problema no radica en si luchar o no por el poder. Toda tendencia política sería lucha por el poder. La pregunta es: ¿Podía la Oposición, educada por la enorme experiencia del movimiento revolucionario, creer por un solo instante que el terror es capaz de aproximarla al poder? La historia rusa, la teoría marxista y la psicología política responden: ¡No, no podía!

Aquí es necesario clarificar, aunque sea brevemente, el problema del terror desde el punto de vista de la historia y la teoría. En la medida en que se me tacha de iniciador del "terror antisoviético", debo darle a mi exposición un carácter autobiográfico. En 1902, recién llegado a Londres, luego de casi cinco años de prisión y exilio en Siberia, tuve la ocasión, en un artículo recordatorio del bicentenario de la fortaleza de Schlüsselburg, con sus trabajos forzados, de enumerar a los revolucionarios muertos bajo tortura en ese lugar. "Las sombras de esos mártires claman por la venganza..."

Pero agregué inmediatamente: "Una venganza no personal sino revolucionaria. No la ejecución de un ministro sino la de la autocracia." Esas líneas iban dirigidas contra el terror individual. Su autor tenía veintitrés años de edad. Desde los primeros días de su actividad revolucionaria ya era un adversario del terrorismo. De 1902 a 1905 pronuncié, en varias ciudades de Europa, ante estudiantes y emigrados rusos, decenas de informes políticos contra la ideología terrorista, que a comienzos de siglo volvía a cundir entre la juventud rusa.

A partir de la década de 1880, dos generaciones de marxistas rusos experimentaron la era del terror, aprendieron sus trágicas lecciones y asimilaron orgánicamente una actitud negativa hacia el aventurerismo heroico del individuo solitario. Plejanov, fundador del marxismo ruso; Lenin, dirigente del bolchevismo; Martov, máximo representante del menchevismo; todos ellos dedicaron miles de páginas y cientos de discursos a la lucha contra la táctica terrorista.

La inspiración ideológica proveniente de estos maestros del marxismo alimentó mi actitud hacia la alquimia revolucionaria de los círculos intelectuales cerrados durante mi adolescencia. Para nosotros, los revolucionarios rusos, el problema del terror era una cuestión de vida o muerte en el sentido tanto político como personal del término. Para nosotros, el terrorista no era un personaje novelesco sino un ser humano viviente y familiar. En el exilio convivimos con los terroristas de la vieja generación. En las cárceles y bajo la custodia policial conocimos terroristas de nuestra misma edad. Nos enviábamos mensajes, en la fortaleza de Pedro y Pablo, con los terroristas condenados a muerte. ¡Cuántas horas, cuántos días, invertidos en apasionada discusión! ¡Cuántas veces rompimos relaciones personales por esta cuestión tan candente! La literatura rusa sobre el tema, alimentada por estos debates, llenaría una gran biblioteca.

Las explosiones terroristas aisladas son inevitables allí donde la oposición política traspasa ciertas fronteras. Semejantes actos tienen casi siempre un carácter sintomático. Pero la política que consagra al terror, la que lo eleva a la categoría de sistema, eso es otra cosa. "El trabajo terrorista -escribí en 1909-, por su propia esencia, requiere tal concentración de energías para el 'gran momento', tal sobreestimación de la significación del heroísmo personal y, por último, una conspiración tan hermética que (...) excluye totalmente el trabajo organizativo y de agitación entre las masas (...) Al luchar contra el terrorismo, la intelectualidad marxista defendió su derecho o su deber de no salir de los barrios obreros para cavar túneles bajo los palacios de los zares o grandes duques." Es imposible engañar a la historia. A la larga la historia coloca a cada cual en su lugar. La característica fundamental del terrorismo como sistema es que busca compensar su falta de fuerza política mediante compuestos químicos. Existen, desde luego, circunstancias en que el terror puede sembrar la confusión entre las filas gobernantes. Pero, en ese caso, ¿quién puede cosechar los frutos? No la organización terrorista, ni las masas a cuyas espaldas transcurre el duelo política así, en su momento, los burgueses liberales rusos simpatizaron con el terrorismo. La razón es clara. En 1909 escribí: "En la medida en que el terror siembra la confusión y la desorganización en las filas del gobierno (al precio de desorganizar y desmoralizar las filas revolucionarias), les hace el juego nada menos que a los liberales". Encontramos la misma idea, expresada en casi las mismas palabras, un cuarto de siglo más tarde en relación al asesinato de Kirov.

El hecho mismo de los actos terroristas individuales es señal inconfundible del atraso político de un país y de la debilidad de las fuerzas progresistas en el mismo. La Revolución de 1905, que reveló la fuerza inmensa del proletariado, puso fin al romanticismo del combate singular entre un puñado de intelectuales y el zarismo. "El terrorismo ruso ha muerto -reiteraré en una serie de artículo- (...) El terror ha emigrado al Lejano Oriente, a las provincias del Punjab y Bengala (...) Puede que en otros países de Oriente el terrorismo esté destinado a conocer una época floreciente. Pero en Rusia ya es parte de la herencia de la historia."

En 1907 me encontré nuevamente en el exilio. El azote de la contrarrevolución se abatía salvajemente, y las comunidades rusas en las ciudades europeas se volvieron muy numerosas. Dedicué todo el período de mi segunda emigración a hacer informes y artículos contra el terror de la venganza y la desesperación. En 1909 se reveló que a la cabeza de la organización terrorista de los autotitulados "socialrevolucionarios" había un *agente provocador*, de nombre Azef. "En el callejón sin salida del terrorismo -escribí en enero de 1909- la mano del provocador actúa con seguridad." El terrorismo sigue siendo para mí un "callejón sin salida".

En el mismo período escribí: "La actitud irreconciliable de la socialdemocracia rusa para con el terror burocrático de la revolución como método de lucha contra la burocracia terrorista del zarismo ha suscitado el asombro y la condena, no solo de los liberales rusos sino también de los socialistas europeos". Estos, al igual que aquéllos, nos acusaron de "doctrinarismo". Nosotros, los marxistas rusos, atribuimos esta simpatía. hacia los terroristas rusos al oportunismo de los dirigentes de la socialdemocracia europea que se habían acostumbrado a transferir sus esperanzas

de las masas a las cúpulas dominantes, "Quienquiera que ande al acecho de una cartera ministerial... lo mismo que aquéllos que, portando una máquina infernal bajo la capa, acechan al propio ministro, deben sobreestimar por igual al ministro: a su personalidad y a su puesto. Para ellos el sistema desaparece y retrocede y sólo queda el individuo investido con el poder." Más adelante veremos, en relación al asesinato de Kirov, cómo reaparece este pensamiento, que está presente en mis décadas de actividad.

En 1911 cundieron sentimientos terroristas entre ciertos grupos de obreros austríacos. A pedido de Federico Adler, editor de *Der Kampf*, mensuario teórico de la socialdemocracia austríaca, escribí un artículo a propósito del terrorismo:

Que un atentado terrorista, incluso uno "exitoso", cree la confusión en la clase dominante, depende de la situación política concreta. Sea como fuere, la confusión tendrá corta vida; el Estado capitalista no se basa en ministros de Estado y no queda eliminado con la desaparición de aquéllos. Las clases a las que sirve siempre encontrarán personal de reemplazo; el mecanismo permanece intacto y en funcionamiento.

Pero el desorden que produce el atentado terrorista en las filas de la clase obrera es mucho más profundo. Si para alcanzar los objetivos basta armarse con una pistola, ¿para qué sirve esforzarse en la lucha de clases? Si una medida de pólvora y un trocito de plomo bastan para perforar la cabeza del enemigo, ¿qué necesidad hay de organizar a la clase? Si tiene sentido aterrorizar a altos funcionarios con el rugido de las explosiones, ¿qué necesidad hay de un partido? ¿Para qué hacer mitines, agitación de masas y elecciones si es tan fácil apuntar al banco ministerial desde la galería del parlamento?

Para nosotros el terror individual es inadmisiblemente precisamente porque *empequeñece el papel de las masas en su propia conciencia*, las hace aceptar su impotencia y vuelve sus ojos y esperanzas hacia el gran vengador y libertador que algún día vendrá a cumplir con su misión.

Cinco años después, al calor de la guerra imperialista, Federico Adler, a cuyo pedido escribí este artículo, asesinó al ministro presidente austríaco Stuerghk en un restaurante vienés. El escéptico oportunista heroico no pudo encontrar otra válvula para su indignación y desesperación. Naturalmente, mis simpatías no estaban con el funcionario de los Habsburgo. Sin embargo, a la acción individualista de Adler contrapuse el accionar de Carlos Liebknecht, quien en plena época de guerra salió a una plaza de Berlín a distribuir un manifiesto revolucionario dirigido a los obreros.

El 28 de diciembre de 1934, cuatro semanas después del asesinato de Kirov, cuando el poder judicial soviético aun no sabía hacia qué lado apuntar las flechas de su "justicia", escribí en el Boletín de la *Oposición*:

(...) Si los marxistas han condenado categóricamente el terrorismo individual (...) aun cuando las balas fueran dirigidas contra agentes del gobierno zarista y de la explotación capitalista, tanto más implacablemente condenarán y rechazarán el

aventurerismo criminal de los actos terroristas dirigidos contra los representantes burocráticos del primer estado obrero de la historia. Las motivaciones subjetivas de Nikolaiev y Cía. nos son indiferentes. El camino del infierno está empedrado de buenas intenciones. Mientras la burocracia soviética no sea derrocada por el proletariado -lo que eventualmente ocurrirá- cumple una función necesaria en la defensa del estado obrero. En caso de cundir, el terrorismo al estilo Nikolaiev podría, si se dieran otras circunstancias desfavorables, servir sólo a la contrarrevolución fascista.

Sólo los farsantes políticos, que se apoyan en los imbéciles, podrían tratar de incluir a Nikolaiev en la Oposición de Izquierda, aunque sólo fuera como miembro del grupo de Zinoviev tal como existía en 1926-1927. La organización terrorista de la juventud comunista no es alentada por la Oposición de Izquierda, sino por la burocracia, por su descomposición interna. El terrorismo individual es en esencia la otra cara del burocratismo. Los marxistas no descubrieron esta ley recién ayer. El burocratismo no confía en las masas, y trata de sustituirlas. El terrorismo hace lo mismo; quiere hacer felices a las masas sin dejarlas participar. La burocracia ha creado un repugnante culto al líder, otorgando a los dirigentes poderes divinos. El culto al "héroe" es también la religión del terrorismo, sólo que con un signo .negativo. Los Nikolaiev imaginan que basta con eliminar con revólveres a unos cuantos dirigentes para que la historia tome otro rumbo. En tanto que grupo ideológico, los terroristas comunistas están hechos con la misma madera que la burocracia stalinista. (No. 41, de enero de 1935.)

Como ustedes ya han podido convencerse, estas líneas no fueron escritas *ad hoc*. Sintetizan la experiencia de toda una vida, enriquecida a su vez por la experiencia de dos generaciones.

Ya en la época del zarismo, un joven marxista que pasara a integrar las filas del partido terrorista era un fenómeno relativamente raro: lo suficiente como para que se lo señalara con el dedo. Pero en esa época se desarrollaba una polémica teórica incesante entre las dos tendencias; las discusiones públicas eran cosa de todos los días. Ahora, en cambio, quieren hacernos creer que no son los revolucionarios jóvenes sino los viejos dirigentes del marxismo ruso, que tienen tras de sí la experiencia de tres revoluciones, los que se han volcado repentinamente, sin crítica, sin discusión, sin una sola palabra de explicación, hacia el terrorismo que siempre rechazaron, por considerarlo un suicidio político. La sola posibilidad de semejante acusación demuestra hasta qué profundidades la burocracia stalinista ha rebajado el pensamiento teórico y político oficial, y ni qué hablar de la justicia soviética. A las convicciones políticas logradas a través de la experiencia, selladas por la teoría, templadas al fuego de la historia de la humanidad, los falsificadores contraponen testimonios de fuentes sospechosas y desconocidas, rudimentarios, contradictorios y sin ninguna clase de prueba.

## A favor de Grynszpan: contra las bandas fascistas y la canalla stalinista

(Herschel Grynszpan asesinó a un funcionario nazi en la embajada alemana en París el 7 de noviembre de 1938. En este artículo, aparecido por primera vez en la publicación estadounidense Socialist Appeal el 14 de febrero de 1939, Trotsky se solidariza con el heroísmo personal de Grynszpan, a la vez que señala la inutilidad de su acción.)

Resulta claro para cualquiera que posea siquiera mínimos conocimientos de historia política, que la política de los pandilleros fascistas provoca, abierta y a veces deliberadamente, actos terroristas. Lo más asombroso es que hasta ahora haya habido un solo Grynszpan. Indudablemente esos actos proliferarán.

Los marxistas consideramos que la táctica del terrorismo individual es inconveniente para la lucha liberadora, tanto del proletariado como de las nacionalidades oprimidas. Un héroe aislado no puede reemplazar a las masas. Pero comprendemos con toda claridad la inevitabilidad de semejantes actos de desesperación y venganza. Todas nuestras emociones, nuestra simpatía están con los sacrificados vengadores, aunque ellos hayan sido incapaces de descubrir el camino correcto. Nuestra simpatía es mayor porque Grynszpan no era un militante político sino un joven inexperto, casi un muchacho, cuyo único consejero fue la indignación. ¡Arrancar a Grynszpan de las manos de la justicia capitalista, capaz de decapitarlo para servir a la diplomacia capitalista, es la tarea elemental, inmediata, de la clase obrera internacional!

Tanto más repugnante en su policíaca estupidez e inconfesable violencia es la campaña contra Grynszpan de la prensa stalinista internacional, bajo las órdenes del Kremlin. Tratan de pintarlo como agente de los nazis, o como agente del trotskismo aliado a los nazis. Al meter en una bolsa al provocador y a su víctima, los stalinistas atribuyen a Grynszpan la intención de crearle a Hitler un pretexto para sus pogromos. ¿Qué puede decirse de estos "periodistas" venales a quienes ya no les queda vestigio de pudor? Desde el inicio del movimiento socialista la burguesía ha atribuido toda muestra violenta de indignación, sobre todo los actos terroristas, a la influencia degeneradora del marxismo. Aquí, como en otros campos, los stalinistas han heredado las tradiciones más sucias de la reacción. La Cuarta Internacional <sup>5</sup> puede enorgullecerse con toda razón de que la escoria reaccionaria, incluido el stalinismo, vincule automáticamente a la Cuarta Internacional toda acción y protesta audaz, todo estallido de indignación, todo golpe dirigido contra los verdugos.

---

5- En 1930 se formó la Oposición Internacional de Izquierda, como fracción de la Comintern, con el objetivo de hacerla retornar a los principios revolucionarios, Cuando el Partido Comunista Alemán dejó que Hitler tomara el poder sin mover un dedo, y la Comintern ni siquiera discutió la derrota, Trotsky decidió que la Comintern había muerto como movimiento revolucionario y que había que formar una nueva internacional. La conferencia de fundación de la Cuarta Internacional se llevó a cabo en París el 3 de setiembre de 1938.

Así ocurría con la Internacional de Marx en su momento. La solidaridad moral nos une desde luego, a Grynszpan, no a sus carceleros "democráticos" ni a los calumniadores stalinistas que necesitan el cadáver de Grynszpan para apuntalar, aunque sólo sea parcial e indirectamente, los veredictos de la Justicia moscovita. La diplomacia del Kremlin, degenerada hasta la médula, trata al mismo tiempo de utilizar este incidente "feliz" para renovar sus maquinaciones tendientes a lograr un acuerdo internacional entre varios gobiernos, incluidos los de Hitler y Mussolini, para la extradición mutua de terroristas. ¡Cuidad, maestros del engaño! La aplicación de semejante ley requerirá la entrega de Stalin a por lo menos una docena de gobiernos extranjeros.

Los stalinistas gritan en los oídos de la policía que Grynszpan asistía a "reuniones de trotskistas". Lo cual, desgraciadamente, no es cierto. Porque si se hubiese acercado a la Cuarta Internacional habría descubierto una válvula distinta y más efectiva para su energía revolucionaria. Personas capaces de clamar contra la injusticia y la brutalidad, las hay a montones. Pero aquéllos que, como Grynszpan, son capaces también de actuar, hasta el punto de, sacrificar sus vidas si es necesario, son la preciosa levadura de la humanidad.

En el sentido moral, aunque no por su forma de actuar, Grynszpan puede servir de modelo para todo joven revolucionario. Nuestra sin cera solidaridad moral con Grynszpan nos otorga el derecho de decirles a todos los futuros grynszpan; a todos aquéllos capaces de sacrificarse en la lucha contra el despotismo y la bestialidad: *¡Buscad otro camino!* No es el gran vengador sino sólo el gran movimiento revolucionario de masas el que puede liberar a los oprimidos, movimiento que no dejará vestigios de la estructura de explotación de clase, opresión nacional y persecución racial. Los crímenes sin precedentes del fascismo crean un deseo de venganza totalmente justificable. Pero es tan monstruosa la envergadura de estos crímenes, que no puede satisfacerse este deseo mediante el asesinato de burócratas fascistas aislados. Para ello es necesario poner en movimiento a millones, decenas y centenas de millones de oprimidos de todo el mundo y conducirlos al asalto de las fortalezas de la vieja sociedad. Sólo el derrocamiento de toda forma de esclavitud, sólo la destrucción total del fascismo, sólo los pueblos juzgando implacablemente a los bandidos y matones contemporáneos pueden verdadera satisfacción a la indignación popular. Esta es precisamente la tarea que ha asumido la Cuarta Internacional. Limpiará el movimiento obrero de la plaga del stalinismo. Reunirá en sus filas a la heroica generación juvenil. Abrirá el camino a un futuro más digno y humano.

## El terrorismo y los asesinatos de Rasputín y Nicolás II

(Este artículo está fechado el 14 de noviembre de 1938, a presente traducción se tomó de Writings, of Leon Trotsky (1938-39) (Escritos de León Trotsky), que Pathfinder editó con permiso de la Harvard College Library, Cambridge, EE.UU. Para más detalles sobre la ejecución de la familia real, véase *Trotsky's Diary in Exile* (Diario de Trotsky en el exilio), Harvard University Press, 1958; en las anotaciones de los días 9 y 10 de abril de 1935.)

Me preguntan qué papel personal desempeñé en el asesinato de Rasputín <sup>6</sup> y en la ejecución de Nicolás II. Dudo que este problema, que ya pertenece a la historia, pueda interesar a la prensa; trata de cosas que pasaron hace mucho.

Yo nada tuve que ver con el asesinato de Rasputín. Rasputín fue asesinado el 30 de diciembre de 1916. En ese momento mi esposa y yo nos hallábamos a bordo de un barco que había zarpado de España rumbo a Estados Unidos. Esta separación geográfica basta para demostrar que yo no tuve participación en el asunto.

Pero existen también razones políticas profundas. Los marxistas rusos no tenían nada en común con el terrorismo individual; fueron los organizadores del movimiento revolucionario de masas. El asesinato de Rasputín fue, en realidad, obra de ciertos elementos que rodeaban la corte imperial. Participaron directamente en el asesinato, entre otros, el diputado ultrarreaccionario Monárquico de la Duma <sup>7</sup> Urishevich, el príncipe Yusupov, pariente de la familia real, y otras personas de esa calaña; parece que uno de los Grandes Duques, Dimitri Pavlovich, tuvo participación directa.

El propósito de los conspiradores era salvar la monarquía, liquidando a un "mal consejero". El nuestro era liquidar a la monarquía junto con todos sus consejeros. Jamás nos ocupamos de aventuras, de asesinatos individuales, sino de la tarea de preparar la revolución. Como es sabido, el asesinato de Rasputín no salvó a la monarquía; la revolución sobrevino apenas dos meses después.

La ejecución del zar fue otra cosa totalmente distinta. Ya el Gobierno Provisional <sup>8</sup> había arrestado a Nicolás II; lo mantuvo bajo custodia primero en Petrogrado, luego en Tobolsk. Pero Tobolsk es una ciudad pequeña, sin industria ni proletariado, y no era una residencia bastante segura para el zar; era de esperar que los contrarrevolucionarios intentaran rescatarlo para ponerlo a la cabeza de

---

6- *Grigori Rasputín* (1871-1916), un monje proveniente de una familia de campesinos pobres, llegó a tener tal ascendiente sobre el zar y la zarina que se convirtió en la principal influencia en la política de la corte. Su ignorancia y corrupción fueron legendarias. Lo asesinó un grupo de nobles para sustraer a la familia real de su influencia.

7- *La Duma* era el parlamento ruso de la época zarista, de carácter consultivo.

8- *El Gobierno Provisional* se estableció en Rusia con la Revolución de Febrero de 1917. El poder estaba en manos de los burgueses liberales (Partido Demócrata Constitucional o Cadete), mencheviques y socialrevolucionarios (populistas).

las Guardias Blanca? <sup>9</sup>. Las autoridades soviéticas trasladaron al zar de Tobolsk a Ekaterinburgo (en los Urales), un importante centro industrial. Allí se le podía garantizar una custodia adecuada.

La familia real vivía en una casa particular y gozaba de ciertas libertades. Hubo una propuesta, de hacerles al zar y a la zarina un juicio, público, pero no prosperó. Mientras tanto, el curso de la guerra civil dispuso otra cosa.

Los Guardias Blancos rodearon Ekaterinburgo y podía esperarse que cayeran sobre la ciudad de un momento a otro. Su propósito fundamental era liberar a la familia imperial. En esas circunstancias el soviét local decidió ejecutar al zar y a su familia.

En ese momento yo me hallaba en otro sector del frente y, por extraño que parezca, me enteré de la ejecución una semana más tarde, si no más. En medio del torbellino de los acontecimientos, el hecho no me impresionó mayormente. Jamás me preocupé por averiguar "cómo" ocurrió. Debo agregar que el demostrar un interés especial en los asuntos de la realeza, gobernante o depuesta, evidencia cierto grado de instintos serviles. Durante la guerra civil, provocada exclusivamente por los capitalistas y terratenientes rusos con la colaboración del imperialismo extranjero, murieron cientos de miles de personas. Si entre ellos se encuentran los miembros de la dinastía Romanov, es imposible no ver en ello un pago parcial de los crímenes de la monarquía zarista. El pueblo mejicano, que fue muy duro con el Estado imperial de Maximiliano, posee una tradición al respecto que no deja nada que desear. <sup>10</sup>

---

9- Guardias Blancas, o "los blancos", era el nombre que se les daba a las fuerzas contrarrevolucionarias rusas después de la Revolución de Octubre.

10- *Fernando Maximiliano José* (1832-1867), Archiduque de Austria, fue coronado emperador de Méjico en 1864, cuando Francia había conquistado parcialmente el país. Napoleón III debió retirar sus tropas por presión de los EE.UU. y Maximiliano fue derrotado por las fuerzas mejicanas de Juárez, juzgado por una corte marcial y fusilado.

## El papel revolucionario del ejército

(Hemos extraído esta página del trabajo La revolución en España, que Trotsky escribió el 24 de enero de 1931 y publicó por primera vez la "Communist League of America" en marzo del mismo año.)

El papel revolucionario del ejército, no como instrumento de los experimentos de los oficiales sino como sector armado del pueblo, será determinado, en última instancia, por el papel de las masas obreras y campesinas en el curso de la lucha. Para que la huelga revolucionaria triunfe, deberá enfrentar a los obreros con el ejército. Por importantes que sean los aspectos puramente militares del problema, la política tiene un peso mucho mayor. Puede ganarse a las masas de soldados solamente explicándoles claramente las tareas sociales de la revolución. Pero son precisamente las tareas sociales las que asustan a los oficiales. Es natural que los revolucionarios proletarios concentren su atención en los soldados, creando núcleos de revolucionarios conscientes y audaces en los regimientos. El trabajo comunista en el ejército, subordinado políticamente al trabajo entre el proletariado y el campesinado, puede desarrollarse solamente en base a un programa claro. Pero cuando llega el momento decisivo, los obreros, por el peso de su número y la fuerza de su asalto, deben atraer a un gran sector del ejército al lado del pueblo o, al menos, neutralizarlo. Este amplio planteo revolucionario del problema no excluye el "complot" militar de los soldados y oficial de vanguardia que simpatizan con la revolución proletaria, para el periodo que precede directamente a la huelga general y la insurrección. Pero semejante "complot" nada tiene que ver con los golpes militares: su tarea posee un carácter auxiliar y consiste en asegurar la victoria de la insurrección proletaria.

## La guerra, el fascismo y el armamento del proletariado

(Estos puntos pertenecen a la declaración La guerra y la Cuarta Internacional, que editó como folleto en julio de 1934 Pioneer Publishers, Nueva York, suscripta por el Secretariado Internacional de la Liga Comunista Internacional. En la introducción se mencionaba que el proyecto de Trotsky ya se había editado en francés para la discusión en enero del mismo año.)

61. La guerra exige "paz civil". En las circunstancias actuales, la burguesía sólo puede lograrla mediante el *fascismo*. Así, el fascismo se ha convertido en el principal factor político de la guerra. La lucha contra la guerra presupone la lucha contra el fascismo. Cualquier tipo de programa revolucionario de lucha contra la guerra ("derrotismo", "transformación de la guerra imperialista en guerra civil", etcétera) carece de contenido si la vanguardia proletaria se demuestra incapaz de rechazar victoriosamente al fascismo.

Exigirle al estado burgués el *desarme de las bandas fascistas* como hacen los stalinistas, es embarcarse en la ruta de la socialdemocracia alemana y el austromarxismo <sup>11</sup>. Precisamente Wels y Otto Bauer <sup>12</sup> "exigieron" al Estado que desarmara a los nazis y garantizara la paz interior. El gobierno "democrático" puede, es cierto (cuando le conviene), desarmar a grupos fascistas individuales, pero sólo para desarmar con mayor ferocidad a los trabajadores e impedir que se armen. Al día siguiente el Estado burgués permitirá a los fascistas que ayer "desarmó" adquirir el doble de armamentos y caer con su fuerza duplicada sobre el proletariado desarmado. Dirigirse al Estado, es decir al capital, con la exigencia de que desarme a los fascistas significa sembrar las peores ilusiones democráticas, hacerle bajar la guardia al proletariado, desmoralizar su voluntad.

62. Partiendo del hecho de que las bandas fascistas están armadas, la política revolucionaria correcta consiste en la creación de *destacamentos armados de obreros* para la autodefensa, y en llamar incansablemente a los obreros a que se armen. He aquí el centro de gravedad de la situación política actual. Los socialdemócratas, incluso los más izquierdistas, esto es, los que están dispuestos a hablar de revolución y dictadura del proletariado, evitan cuidadosamente el problema de armar a los obreros, o declaran abiertamente que esta tarea es "quimérica", aventurera, "romántica", etcétera. Proponen en lugar (¡!) del armamento de los obreros, la propaganda entre los soldados, que en realidad no realizan ni son capaces

---

11- *Austromarxismo* se llamó al tipo de reformismo practicado por el Partido Socialista de Austria, sección de la Segunda Internacional.

12- *Otto Wels* (1873-1939) fue un dirigente del Partido Social-demócrata Alemán. Como comandante militar de Berlín aplastó el levantamiento espartaquista de 1919. Posteriormente dirigió la bancada socialdemócrata en el Reichstag hasta que Hitler tomó totalmente el poder en 1933. *Otto Bauer* (1882-1939), principal teórico del austromarxismo, fue dirigente de la socialdemocracia austríaca y fundador, con Friedrich Adler, de la Internacional Dos y Medio (1921-1923).

de realizar. Los oportunistas necesitan referirse al trabajo en el ejército para enterrar el problema del armamento del proletariado.

63. *La lucha por el ejército* es indudablemente la parte más importante de la lucha por el poder. Todo partido verdaderamente proletario tiene el deber revolucionario de trabajar persistente y abnegadamente entre los soldados. Este trabajo puede realizarse con perspectivas ciertas de éxito con la condición de que sea correcta la política general del partido, en particular y especialmente entre la juventud. El programa agrario del partido y en general el sistema de consignas transnacionales, que toca los intereses fundamentales de las masas pequerioburguesas y abre ante éstas una perspectiva de salvación, posee una importancia enorme para el trabajo en el ejército en los países, que tienen una considerable población campesina.

64. Sería pueril, empero, creer que la sola propaganda basta para ganar al conjunto del ejército para el bando del proletariado y así hacer en líneas generales innecesaria la revolución. El ejército es heterogéneo y sus elementos heterogéneos se encuentran atados con la férrea cadena de la disciplina. La propaganda puede crear células revolucionarias en el ejército y suscitar la simpatía de los soldados más progresistas. La propaganda y la agitación no pueden hacer más que eso. Depender del ejército para que defienda a las organizaciones obreras del fascismo, por su propia iniciativa, y aun garantice la transferencia del poder a manos del proletariado es sustituir por ilusiones rosadas las amargas lecciones de la historia. El sector decisivo del ejército se pasará al bando del proletariado en la época de la revolución siempre que el proletariado le haya demostrado al ejército en la acción que está dispuesto y es *capaz de luchar por el poder* hasta la última gota de sangre. Semejante lucha presupone necesariamente el armamento del proletariado.

65. La tarea de la burguesía consiste en impedir que el proletariado se gane al ejército. El fascismo cumple la tarea, no sin éxito, mediante, los destacamentos armados. La tarea *urgente, inmediata, actual* del proletariado no consiste en la toma del poder sino en la defensa de sus organizaciones frente a las bandas fascistas, respaldadas desde cierta distancia por el Estado capitalista. Quien afirme que los trabajadores no tienen posibilidades de armarse proclama con ello que los trabajadores son impotentes ante el fascismo. Entonces no hay necesidad de hablar de socialismo, de revolución proletaria, de lucha antibélica. Entonces habría que desechar el programa comunista y ponerle la cruz al marxismo.

66. No es el revolucionario, sino el pacifista impotente, el que mañana capitulará ante el fascismo y la guerra, el que pasa por alto el armamento del proletariado. La historia demuestra que, en sí, la tarea del armamento es perfectamente factible. Si los obreros comprenden que es cuestión de vida o muerte, conseguirán las armas. Explicarles la situación política, sin ocultar ni minimizar nada y sin mentiras piadosas, es el primer deber de todo partido revolucionario. Porque ¿cómo es posible defenderse del enemigo mortal sin dos cuchillos por cada cuchillo fascista, dos revólveres por cada revólver fascista? No hay ni puede haber otra respuesta.

67. ¿Dónde conseguir las armas? En primer lugar, de los propios fascistas. Desarmar a los fascistas es una consigna vergonzosa cuando va dirigida a la policía burguesa. Desarmar a los fascistas es una consigna excelente cuando va dirigida a los obreros. Pero los arsenales fascistas no constituyen la única fuente. El proletariado posee cientos y miles de vías hacia la autodefensa. El partido revolucionario debe asumir la iniciativa en el armamento de destacamentos obreros de combate. Y para ello debe, en primer término, purgarse de todo escepticismo, indecisión y pacifismo en cuanto al problema del armamento de los obreros.

68. La consigna de milicia obrera, o de destacamentos de autodefensa, posee un contenido revolucionario en la medida en que se trata de una milicia armada; si no, la milicia se reduce a una exhibición teatral, a una amenaza y, por tanto, a un autoengaño. Desde luego que el armamento será primitivo en sus comienzos. Los primeros destacamentos no tendrán obuses, tanques ni aviones, Pero el 6 de febrero en París, centro de una potencia militarista, bandas armadas de revólveres y de navajas atadas a palos no estuvieron lejos de tomar el palacio borbón y provocaron la caída del gobierno. Mañana bandas similares pueden saquear las oficinas de diarios proletarios o los locales sindicales. La fuerza del proletariado está en el número. Hasta el arma más primitiva puede obrar milagros en manos de las masas. En situaciones favorables puede abrir el camino a armas más perfeccionadas.

69. La consigna de *frente único* degenera en un centrismo vergonzoso si no se la complementa, en la situación actual, con la propaganda y la aplicación en la práctica de métodos definidos de lucha contra el fascismo, El frente único es necesario, en primer lugar, la creación de comités locales de defensa. Los comités de defensa son necesarios para la construcción y unificación de destacamentos de la milicia obrera. Esos destacamentos, desde un comienzo, deben buscar y encontrar armas. Los destacamentos de autodefensa son sólo, una etapa en el camino del armamento del proletariado. En general, la revolución no conoce otro camino.

## La milicia obrera

(Los tres puntos que presentamos a continuación ya han sido publicados anteriormente por nuestra editorial. Pertenecen al trabajo de León Trotsky *¿Adónde va Francia?*, que editamos en 1974. Fue escrito en octubre de 1934.)

### La milicia obrera y sus adversarios

Para luchar, hay que conservar y reforzar los instrumentos y medios de lucha: las organizaciones, la prensa, las reuniones, etc. El fascismo los amenaza, directa o indirectamente. Aún es muy débil para lanzarse a la lucha directa por el poder, pero es bastante fuerte como para intentar abatir las organizaciones obreras pedazo a pedazo, para templar sus bandas en esos ataques, para sembrar en las filas obreras el desaliento y la falta de confianza en las propias fuerzas. Por otra parte, el fascismo encuentra auxiliares inconscientes en todos aquellos que dicen que la "lucha física" es inadmisibles y sin esperanzas, y que reclaman de Doumergue <sup>13</sup> el desarme de sus guardias fascistas. Nada es tan peligroso para el proletariado, especialmente en las condiciones actuales, como el veneno azucarado de las falsas esperanzas. Nada aumenta tanto la insolencia de los fascistas como el blando "pacifismo" de las organizaciones obreras. Nada destruye tanto la confianza de las clases medias en el proletariado como la pasividad expectante, como la ausencia de voluntad de lucha.

*Le Populaire* <sup>14</sup> y particularmente *L'Humanité* <sup>15</sup> escriben todos los días: "El frente único es una barrera contra el fascismo", "El frente único no permitirá..." "Los fascistas no se atreverán", etcétera. Frases. Hay que decir exactamente a los obreros, socialistas y comunistas: "No permitan que los periodistas y oradores superficiales e irresponsables los adormezcan con frases. Se trata de vuestras cabezas y del porvenir del socialismo." No somos nosotros quienes negamos la importancia del frente único: lo hemos exigido cuando los dirigentes de los dos partidos estaban contra él. El frente único abre enormes posibilidades. Pero nada más. El frente único, en sí mismo, no decide nada. Sólo la lucha de las masas decide. El frente único se revelará como una gran cosa cuando los destacamentos comunistas acudan en ayuda de los destacamentos socialistas -y a la inversa-, en el caso de un ataque de las bandas fascistas contra *Le Populaire* o *L'Humanité*. Pero para que ello ocurra los destacamentos de combate proletarios deben existir, educarse, entrenarse, armarse. Y si no hay organización de defensa, es decir milicia obrera, *Le Populaire* y *L'Humanité* podrán escribir todo lo que quieran sobre la omnipotencia del frente único y los dos diarios se encontrarán indefensos ante el primer ataque bien preparado de los fascistas. Tratemos de hacer el examen crítico de los "argumentos" y de las

---

13- *Gastón Doumergue* (1863-1937), diputado radical y ministro y presidente de Francia en 1924, retirado en 1931. Después del intento de golpe de estado de 1934, lo llamaron para que reemplazara a Daladier como primer ministro, prometiendo un gobierno "fuerte". Cayó en noviembre al perder el apoyo de los radicales.

14- *Le Populaire* era el diario del Partido Socialista Francés.

15- *L'Humanité*, órgano oficial del Partido Comunista Francés.

“teorías” de los adversarios de la milicia obrera, que son muchos y muy influyentes en los dos partidos obreros.

Necesitamos autodefensa de masas y no milicia, nos dicen a menudo. Pero, ¿qué es esta “autodefensa de masas”? ¿Sin organización de combate? ¿Sin cuadros especializados? ¿Sin armamento? Endosar a las masas no organizadas, no preparadas, libradas a sí mismas la defensa contra el fascismo, sería representar un papel incomparablemente más bajo que el de Poncio Pilatos. Negar el rol de la milicia es negar el rol de la vanguardia. En ese caso, ¿para qué un partido? Sin el apoyo de las masas la milicia no es nada. Pero sin destacamentos de combate organizados las masas más heroicas serán aplastadas, sector por sector, por las bandafascistas. Oponer la milicia a la autodefensa es absurdo. *La milicia es el órgano de la autodefensa.*

Llamar a la organización de la milicia, dicen algunos adversarios, por cierto poco serios y poco honestos, es una “provocación”. Esto no es un argumento, sino un insulto. Si la necesidad de defender las organizaciones obreras surge de toda la situación, ¿cómo se puede no llamar a la creación de milicias? ¿Puede decirse que la creación de milicias “provoca” los ataques de los fascistas y la represión del gobierno? En tal caso, se trata de un argumento absolutamente reaccionario. El liberalismo ha dicho siempre a los obreros que ellos provocan a la reacción, mediante su lucha de clases. Los reformistas repitieron esta acusación contra los marxistas; los mencheviques contra los bolcheviques. Estas acusaciones se reducen, en definitiva, a este profundo pensamiento: si los oprimidos no se pusieran en movimiento, los opresores no se verían obligados a golpearlos. Es la filosofía de Tolstoi y de Gandhi, pero de ningún modo la de Marx y de Lenin. Si *L’Humanité* desea desde ahora desarrollar la doctrina de la “no resistencia al mal por la violencia”, no debería tomar como símbolo la hoz y el martillo, emblema de la Revolución de Octubre, sino la bondadosa cabra que nutre a Gandhi con su leche.

Pero el armamento de los obreros no es oportuno más que en una situación revolucionaria que aún no existe. Este profundo argumento significa que los obreros deben dejarse golpear hasta que la situación se vuelva revolucionaria. Los que ayer predicaban el “tercer período” no quieren ver lo que pasa ante sus ojos. La propia cuestión del armamento no ha surgido prácticamente que porque la situación “pacífica”, “normal”, “democrática” ha dejado lugar a una situación agitada, crítica, inestable, que puede tan fácilmente transformarse en una situación revolucionaria como contrarrevolucionaria. Esa alternativa depende, ante todo, de esto: ¿Se dejarán golpear los obreros de vanguardia, impunemente, sector por sector o a cada golpe responderán con dos golpes, elevando el coraje de los oprimidos y uniéndolos a su alrededor? Una situación revolucionaria no cae del cielo. Se forma con la participación activa de la clase revolucionaria y de su partido.

Los stalinistas franceses invocan el hecho de que la milicia no ha salvado al proletariado alemán de la derrota. Hasta ayer negaban que hubiera derrota en Alemania, y afirmaban que la política de los stalinistas alemanes había sido justa del principio al fin. Hoy, ven todo el mal en la milicia obrera alemana (*Rote Front*). Así, de un error

caen al error opuesto, no menos monstruoso. La milicia no resuelve la cuestión por sí misma. Hace falta una política correcta Y la política de los stalinistas en Alemania ("el social-fascismo es el enemigo principal", la escisión sindical, el coqueteo con el nacionalismo, el putchismo) condujo fatalmente al aislamiento de la vanguardia proletaria y a su derrumbe. Con una estrategia totalmente errónea ninguna milicia podía salvar la situación.

Es una tontería decir que la organización de la milicia por sí misma abre el camino a las aventuras, provoca al enemigo, reemplaza la lucha política por la lucha física, etcétera. En todas esas frases no hay sino cobardía política. La milicia, como fuerte organización de la vanguardia es, de hecho, el medio más seguro contra las aventuras, contra el terrorismo individual, contra las sangrientas explosiones espontáneas. La milicia es, al mismo tiempo, el único medio serio de reducir al mínimo la guerra civil que el fascismo impone al proletariado. Que los obreros, a pesar de la ausencia de "situación revolucionaria", corrijan solamente alguna vez a los "hijos de papá" patriotas con sus propios métodos, y el reclutamiento de nuevas bandas fascistas se hará de golpe incomparablemente más difícil.

Pero aquí los estrategas, embrollados por su propio razonamiento, nos lanzan argumentos aun más sorprendentes. Leemos textualmente: "Si respondemos a los tiros de las bandas fascistas con otros tiros -escribe *L'Humanité* del 23 de octubre- perdemos de vista que el fascismo es el producto del régimen capitalista y que, luchando contra el fascismo, es a todo el sistema al que enfrentamos". Es difícil acumular en pocas líneas más confusión y más errores. Es imposible defenderse contra los fascistas, porque representan... "un producto del régimen". Esto significa que debe renunciarse a toda lucha, pues todos los males sociales contemporáneos son "productos del sistema capitalista".

Cuando los fascistas matan a un revolucionario o incendian la sede de un periódico proletario, los obreros deben contestar filosóficamente: "¡Ah!, los asesinatos y los incendios son los productos del sistema capitalista", y volver a casa con la conciencia tranquila. La postración fatalista sustituye a la teoría militante de Marx, con ventaja únicamente para el enemigo de clase. Por supuesto, la ruina de la pequeña burguesía es el producto del capitalismo. El crecimiento de las bandas fascistas es, a su turno, el producto de la ruina de la pequeña burguesía. Pero, por otro lado, el aumento de la miseria y de la indignación del proletariado es también, a su vez, el producto del capitalismo y la milicia, el producto de la exacerbación de la lucha de clases. Entonces, ¿por qué para los "marxistas" de *L'Humanité* las bandas fascistas son el producto legítimo del capitalismo, y la milicia obrera el producto ilegítimo de... los trotskistas? Decididamente, es imposible entender nada de esto.

Se nos dice: es necesario enfrentar a todo el "sistema". ¿Cómo? ¿Por sobre la cabeza de los seres humanos? Sin embargo, los fascistas han comenzado por los tiros y han terminado con la destrucción de todo el "sistema" de las organizaciones obreras. ¿Cómo detener entonces la ofensiva armada del enemigo si no es por medio de una defensa armada, para pasar a continuación a nuestro turno a la ofensiva?

Por cierto, *L'Humanité* admite de palabra la defensa, pero sólo como "autodefensa de masas": la milicia es perjudicial porque, vea usted, separa a los destacamentos de combate de las masas. Pero entonces, ¿por qué entre los fascistas existen destacamentos armados independientes que no se separan de las masas reaccionarias, sino por el contrario, mediante sus golpes bien organizados, elevan el coraje de esas masas y refuerzan su audacia? ¿O las masas proletarias son tal vez, por sus cualidades combativas, inferiores a la pequeña burguesía desclasada?

Embrollado hasta el final, *L'Humanité* comienza a vacilar: he aquí que la autodefensa de masas necesita crear sus "grupos de autodefensa". En lugar de la milicia repudiada, se ponen grupos especiales, destacamentos. A primera vista, parece que la diferencia es sólo de nombre. En verdad, ni el nombre propuesto por *L'Humanité* vale algo. Se puede hablar de "autodefensa de masas", pero es imposible hablar de "grupos de autodefensa", pues los grupos no tienen por objetivo defenderse a sí mismos, sino a las organizaciones obreras. No obstante, no se trata, por supuesto, del nombre. Los "grupos de autodefensa", según *L'Humanité*, deben renunciar al empleo de las armas, para no caer en el "putchismo". Estos sabios tratan a la clase obrera como a un niño en cuyas manos no debe dejarse una navaja. Además, las navajas son, como es sabido, el monopolio de los *Cametots Du Roi*, quienes, siendo un legítimo producto "del capitalismo", han derribado el "sistema de la democracia". Sin embargo, cómo van a defenderse los "grupos de autodefensa" contra los revólveres fascistas? "Ideológicamente", por supuesto. Dicho de otro modo, no les queda otro remedio que esconderse. No teniendo en sus manos lo que hace falta, deben buscar la "autodefensa" en las piernas. Mientras tanto, los fascistas saquearán impunemente las organizaciones obreras. Pero si el proletariado sufre una terrible derrota, al menos no se habrá hecho culpable de "putchismo". ¡Disgusto y desprecio: esto es lo que provoca esa charlatanería pasada bajo la bandera del "bolchevismo"!

Ya en el tiempo del "tercer periodo" de feliz memoria, cuando los estrategas de *L'Humanité* tenían el delirio de las barricadas, "conquistaban" la calle todos los días y trataban de "social fascistas" a todos los que no compartían sus extravagancias, predijimos: "En cuanto esta gente se queme la punta de los dedos, se convertirán en los peores oportunistas". Ahora, la predicción se ha confirmado completamente. En el movimiento en que en el Partido Socialista se refuerza y crece el movimiento en favor de la milicia, los jefes del partido que se llama comunista corren a la manguera de incendios para enfriar las aspiraciones de los obreros de vanguardia de formar columnas de combate. ¿Puede imaginarse un trabajo más nefasto y más desmoralizante?

## Hay que construir la milicia obrera

En las filas del Partido Socialista, a veces se escucha esta objeción: "Es necesario formar la milicia, pero no hace falta hablar tan alto sobre eso". No se puede sino felicitar a los camaradas que tienen el cuidado de sustraer el lado práctico del asunto a los ojos y oídos indeseables. Pero es demasiado tanto pensar que se puede crear la milicia imperceptiblemente, en secreto, entre cuatro paredes. Nos hacen falta

decenas y, enseguida, centenares de miles de combatientes. Sólo vendrán si millones de obreros y obreras, y tras ellos también los campesinos, comprenden la necesidad de la milicia y crean, alrededor de los voluntarios, un clima de ardiente simpatía y de apoyo activo. La conspiración puede y debe involucrar únicamente el lado práctico del asunto. Pero en cuanto a la campaña política, debe desarrollarse abiertamente, en las reuniones, en las fábricas, en las calles y en las plazas públicas.

Los cuadros fundamentales de la milicia deben ser los obreros fabriles, agrupados según el lugar de trabajo, conociéndose unos a otros y pudiendo proteger a sus destacamentos de combate de la infiltración de agentes enemigos con mucha mayor facilidad y seguridad que los burócratas de primera línea. Los estados mayores conspirativos, sin la movilización abierta de las masas, quedarán suspendidos en el aire en el momento de peligro. Es necesario que todas las organizaciones obreras pongan manos a la obra. En esta cuestión, no haber una línea divisoria entre los partidos obreros y los sindicatos. Hombro a hombro, deben movilizar las masas. Así el éxito de la milicia obrera estará plenamente asegurado.

Pero, ¿de dónde van a sacar las armas los obreros objetan los serios "realistas", es decir los filisteos asustados. El enemigo de clase tiene los fusiles, cañones, los tanques, los gases, los aviones, y los obreros uos centenares de revólveres y de cuchillos.

En esta objeción, todo se junta para asustar a los obreros. Por una parte, nuestros sabios identifican el armamento de los fascistas con el armamento del Estado; por otra se vuelven hacia el Estado para suplicarle que desarme a los fascistas. ¡Lógica destacable!. De hecho su posición es falsa en los dos casos. En Francia, los fascistas aun están lejos de haberse apoderado del Estado. El 6 de febrero, entraron en un enfrentamiento armado con la policía del Estado. Por eso, será falso hablar de cañones y tanques cuando se trate *de lo inmediato* de la lucha armada contra los fascistas. Los fascistas, por supuesto, son más ricos que nosotros y les resulta más fácil comprar armas. Pero los obreros son más numerosos, más decididos, más devotos, por lo menos cuando cuentan con una firme dirección revolucionaria. Entre otras fuentes, los obreros pueden armarse a costa de los fascistas, desarmándolos sistemáticamente. Actualmente, ésta es una de las formas más serias de lucha contra el fascismo. Cuando los arsenales obreros comiencen a llenarse a expensas de los depósitos fascistas, los bancos y los trusts se harán más prudentes en la financiación del armamento de sus guardias asesinas. Puede admitirse incluso que en ese caso -pero sólo en ese caso- las autoridades alarmadas comiencen realmente a impedir el armamento de los fascistas, para no ofrecer una fuente suplementaria de armamento a los obreros. Desde hace mucho, se sabe que sólo una táctica revolucionaria crea, como producto accesorio, "reformas" o concesiones del gobierno.

¿Pero cómo desarmar a los fascistas? Naturalmente, es imposible hacerlo únicamente por medio de artículos en los periódicos. Hay que crear escuadras de combate. Hay que crear los estados mayores de la milicia. Hay que instituir un buen servicio de informaciones. Miles de informantes y de auxiliares amistosos se nos acercarán, cuando comprendan que hemos encarado el asunto con seriedad. Hace falta una

voluntad de acción proletaria. (\*)

Pero los armamentos fascistas no son, naturalmente, la única fuente. En Francia, hay más de un millón de obreros organizados; hablando en general, es un número muy bajo, pero es más que suficiente para establecer un comienzo de milicia obrera. Si los partidos y los sindicatos armaran solamente a la décima parte de sus miembros, ya habría una milicia de 100.000 hombres. No cabe duda de que el número de los voluntarios, al día siguiente del llamado del "frente único" para formar la milicia, lo sobrepasaría de lejos. Las cotizaciones de los partidos y de los sindicatos, las colectas y las contribuciones voluntarias permitirían, en uno o dos meses, asegurar armas a 100.000 ó 200.000 combatientes obreros. La canalla fascista pondría rápidamente la cola entre las patas. Toda la perspectiva del proceso se haría incomparablemente más favorable.

Invocar la ausencia de armamento y otras causas objetivas para explicar por qué aún no se ha encarado la creación de la milicia, es engañarse a sí mismo y a los demás. El principal obstáculo, se puede decir que el único, radica en el carácter conservador y pasivo de las organizaciones obreras dirigentes. Los escépticos que están a su frente no creen en la fuerza del proletariado. Ponen su esperanza en todo tipo de milagros venidos de arriba, en lugar de dar una salida revolucionaria a la energía de abajo. Los obreros conscientes deben obligar a sus jefes ya sea a pasar inmediatamente a la creación de la milicia del pueblo, ya sea a ceder el lugar a fuerzas más jóvenes.

(\*) En *L'Humanité* del 39. de octubre, Vaillant-Couturier <sup>16</sup> muestra muy bien que exigir del gobierno el desarme de los fascistas es absurdo, que sólo un movimiento de masas puede desarmarlos. Puesto que no se trata, evidentemente, de un desarme "ideológico" sino físico, queremos creer que ahora *L'Humanité* reconocerá la necesidad de la milicia obrera. Estamos dispuestos a saludar sinceramente cualquier paso de los stalinistas en el camino correcto.

Pero, lamentablemente, desde el 10. de noviembre Vaillant-Couturier da un paso decisivo hacia atrás: el desarme de los fascistas no se hará mediante el Frente Unico, sino mediante la policía de Doumergue "bajo la presión y el control" del Frente Unico. Gran idea: isin revolución, por la sola presión ideológica", convertir a la policía en un órgano ejecutivo del proletariado!

¿Para qué conquistar el poder si pueden obtenerse los mismos resultados por la vía pacífica? "Bajo la presión y el control" del Frente Unico, Germain-Martín va a nacionalizar los bancos.; y Marchandea va a mandar a la cárcel a los conspiradores reaccionarios, empezando por su colega Tardieu. <sup>17</sup> La idea de la "presión y el control" en lugar de la lucha revolucionaria no ha sido inventada por Vaillant-Coutuner, la ha

16- *Paul Vaillant-Couturier* fue un dirigente stalinista francés que dirigía entonces *L'Humanité*.

17- *León Genríain-Martín* fue ministro de finanzas de Doumergue y luego de Flandin. Andre Tardieu (1876-1945), ex primer ministro, formaba el ala derecha del gabinete de Doumergue y tenía como misión preparar una enmienda de la constitución francesa que fortaleciera el Estado, lo sea que limitara los derechos democráticos.

tomado prestada de Otto Bauer, Hilferding y el menchevique ruso Dan. El objetivo de esta idea es el siguiente: desviar a los obreros de la lucha revolucionaria. De hecho, es cien veces más fácil aplastar a los fascistas con las propias manos que con las manos de una policía hostil. Y cuando el Frente Unico se vuelva suficientemente poderoso como para "controlar" el aparato del Estado -por consiguiente, después de la toma del poder, y de ningún modo antes- eliminará simplemente la policía burguesa y pondrá en su lugar la milicia obrera. (L T.)

## El armamento del proletariado

Una huelga es inconcebible sin propaganda y sin agitación, pero también sin piquetes que donde puedan actúen por la persuasión y allí donde se vean obligados recurran a la fuerza física. La huelga es la forma más elemental de la lucha de clases, en la que se combinan siempre, en proporciones variables, los procedimientos "ideológicos" y los procedimientos físicos. La lucha contra el fascismo es, en el fondo, una lucha política, que requiere una milicia del mismo modo que una huelga requiere piquetes. En el fondo, el piquete es el embrión de la milicia obrera. Aquel que piense que es necesario renunciar a la lucha física, debe renunciar a toda lucha, pues el espíritu no vive sin la carne.

De acuerdo a la magnífica expresión del teórico militar Clausewitz, la guerra es la continuación de la política por otros medios. Esta definición también se aplica plenamente a la guerra civil. La lucha física no es sino uno de los "otros medios" de la lucha política. Es imposible oponer una a la otra, pues es imposible detener la lucha política cuando se transforma, por la fuerza de su desarrollo interno, en lucha física. El deber de un partido revolucionario es prever la inevitabilidad de la transformación de la política en conflicto armado declarado y prepararse con todas sus fuerzas para ese momento, como se preparan para él las clases dominantes.

Los destacamentos de la milicia para la defensa contra el fascismo son los primeros pasos en el camino del armamento del proletariado, pero no el último. Nuestra consigna es: armamento del proletariado y de los campesinos revolucionarios. La milicia del pueblo, al fin de cuentas, debe abarcar a todos los trabajadores. No se podrá cumplir ese programa completamente más que en el Estado obrero, a cuyas manos pasarán todos los medios de producción y, por consiguiente, también los medios de destrucción, es decir todos los armamentos y todas las fábricas que los producen.

Sin embargo, es imposible llegar al estado obrero con las manos vacías. De una vía pacífica, constitucional, al socialismo, no pueden hablar más que los inválidos políticos, del tipo de Renaudel. La vía constitucional está cortada por trincheras que ocupan las bandas fascistas. Hay muchas de esas trincheras ante nosotros. La burguesía no vacilará en provocar una docena de golpes de estado para prevenir la llegada del proletariado al poder. Un Estado obrero socialista no puede ser creado más que por la vía de una revolución victoriosa. Toda revolución es preparada por la marcha del desarrollo económico y político, pero es decidida siempre por conflictos

armados declarados entre las clases hostiles. Una victoria revolucionaria no es posible más que gracias a una larga agitación política, un largo trabajo de educación, una larga tarea de organización de las masas. Pero el propio conflicto armado debe también prepararse con mucha anterioridad. Los obreros deben saber que tendrán que batirse en una lucha a muerte. En una época tan crítica como la actual, el partido de la revolución debe predicar incansablemente a los obreros la necesidad de armarse y de hacer todo lo que puedan para asegurar, por lo menos, el armamento de la vanguardia obrera. Sin esto, la victoria es imposible.

Las últimas grandes victorias electorales del Partido Laborista británico no contradicen en modo alguno lo que acabamos de decir. Aun suponiendo que las próximas elecciones parlamentarias dieran mayoría al partido obrero (lo que no es para nada seguro), si se admite aún que el partido se aplica realmente a realizar reformas socialistas (lo que es poco verosímil), encontrará inmediatamente una oposición tan encarnizada de la Cámara de los Lores, de la corona, de los bancos, de la Bolsa, de la burocracia, de la gran prensa, que se hará inevitable la escisión en la fracción parlamentaria. El ala izquierda, la más radical, se hallará convertida en minoría parlamentaria. Simultáneamente, el movimiento fascista tomará dimensiones sin precedentes. La burguesía inglesa, espantada por las elecciones municipales, se prepara ahora, sin ninguna duda, realmente para una lucha extraparlamentaria, al mismo tiempo que las direcciones del partido obrero arrullan al proletariado con los sucesos electorales y las ilusiones parlamentarias. Lamentablemente, los obreros socialistas son obligados a ver los acontecimientos británicos a través de los lentes rosados de Jean Longuet. De hecho, la burguesía británica impondrá al proletariado una guerra civil tanto más cruel, cuanto menos se preparen para ella los jefes del Partido Laborista.

¿Pero de dónde saca usted las armas para todo el proletariado? , objetan nuevamente los escépticos, que toman su inconsistencia interior por una imposibilidad objetiva. Olvidan que la misma cuestión se ha planteado en todas las revoluciones a lo largo de la historia. Y, a pesar de todo, las revoluciones triunfantes marcan etapas importantes en el desarrollo de la humanidad.

El proletariado produce las armas, las transporta, construye los arsenales en los que son depositadas, defiende esos arsenales contra sí mismo, sirve en el ejército y crea todo el equipamiento de este último. No son cerraduras ni muros los que separan las armas del proletariado, sino el hábito de sumisión, la hipnosis de la dominación de clase, el veneno nacionalista. Bastará con destruir esos muros psicológicos, y ningún muro de piedra resistirá. Bastará que el proletariado quiera tener las armas, y las encontrará. La tarea del partido revolucionario es la de despertar en el proletariado esa voluntad y facilitar su realización.

Pero he aquí que Frossard y algunos centenares de parlamentarios, periodistas y funcionarios sindicales asustados lanzan su último argumento; el de más peso: "¿Pueden las personas serias en general poner sus esperanzas en el éxito de la lucha física después de las últimas experiencias trágicas de Austria y España? Pensad en la técnica actual: ilos tanques! , ilos gases! , ilos aeroplanos! " Este argumento

demuestra solamente que algunas "personas serias" no solo no quieren aprender nada, sino que con el miedo olvidan además lo poco que han aprendido en otro tiempo. La historia de estos últimos veinte años demuestra, de modo particularmente claro, que los problemas fundamentales en las relaciones entre las clases, lo mismo que entre las naciones, se resuelven por medio de la fuerza física. Los pacifistas han esperando durante mucho tiempo que el aumento de la técnica militar hiciera imposible la guerra. Durante décadas, los filisteos han repetido que el aumento de la técnica militar haría imposible la revolución. Sin embargo, guerras y revoluciones siguen su marcha. Nunca ha habido tantas revoluciones, incluso revoluciones victoriosas, como después de la última guerra, que puso al descubierto toda la fuerza de la técnica militar.

Bajo la forma de los más novedosos descubrimientos, Frossard y Cía. presentan viejos esquemas; se limitan a invocar, en lugar de los fusiles automáticos y las ametralladoras, a los tanques y aviones de bombardeo. Respondemos: detrás de cada máquina hay hombres, ligados por relaciones no solo técnicas, sino también sociales y políticas. Cuando el desarrollo histórico pone ante una sociedad una tarea revolucionaria impostergable, como cuestión de vida o muerte, cuando existe una clase progresiva a cuya victoria se encuentra ligada la salvación de la sociedad, la propia marcha de la lucha política abre ante la clase revolucionaria las posibilidades más diversas: tan pronto paralizar la fuerza militar del enemigo, tan pronto apoderarse de ella, al menos parcialmente. En la conciencia de un filisteo, esas posibilidades se presentan siempre como "éxitos ocasionales", que nunca más se repetirán. De hecho, en toda gran revolución verdaderamente popular se abren toda clase de posibilidades en las combinaciones más inesperadas, pero en el fondo completamente naturales. Pero, pese a todo, la victoria no se produce por sí sola. Para utilizar las posibilidades favorables, hace falta una voluntad revolucionaria, una firme resolución de vencer, una dirección sólida y perspicaz.

*L'Humanité* admite de palabra la consigna de "armamento de los obreros", pero sólo para renunciar a ella en los hechos. Actualmente, en este período, es inadmisibile lanzar una consigna que no es oportuna más que en "plena crisis revolucionaria". Es peligroso cargar el fusil, dice el cazador demasiado "prudente", mientras no se ve la presa. Pero cuando se ve la presa es un poco tarde para cargar el fusil. ¿Es que los estrategas de *L'Humanité* piensan que, "en plena crisis revolucionaria", podrán, sin preparación, movilizar y armar al proletariado? Para conseguir muchas armas, hace falta que las masas tengan el deseo invencible de apoderarse de las armas. Hace falta un trabajo preparatorio ininterrumpido, no solo en las salas de gimnasia, sino indisolublemente ligado con la lucha cotidiana de las masas. Esto quiere decir: hace falta construir inmediatamente la milicia y, al mismo tiempo, realizar propaganda en favor del armamento general de los obreros y de los campesinos revolucionarios.

## Sobre la autodefensa obrera

(Originalmente este artículo llevaba la firma "un no pacifista". No se sabe por qué no fue publicado en su momento, aunque es de suponer que no lo firmó con su nombre porque pensaba que podía provocar más discusión entre sus camaradas si no aparecía como suyo. Lleva fecha 25 de octubre de 1939.)

Todo Estado es una organización coercitiva de la clase dominante. El régimen social permanece estable mientras la clase dominante capaz, por intermedio del Estado, de imponerle su voluntad a las clases oprimidas. La policía y el ejército son los instrumentos más importantes del Estado. Los capitalistas se abstienen (aunque no completamente ni mucho menos) de mantener sus propios ejércitos privados, dejándolo en manos del Estado, para impedirle a la clase obrera crear alguna vez su propia fuerza armada.

Cuando el sistema capitalista está en alza, el monopolio estatal de las fuerzas armadas parece natural, inclusive para las clases oprimidas.

Antes de la última guerra, la socialdemocracia internacional, aun en sus mejores épocas, ni siquiera planteó el problema de armar a los trabajadores. Más aún, rechazaba semejante idea como eco romántico de un pasado remoto.

Fue recién en la Rusia zarista que el proletariado joven de los primeros años de este siglo comenzó a recurrir al armamento de sus propios destacamentos de combate. Esto reveló la inestabilidad del antiguo régimen de la manera más clara. La monarquía zarista se encontró cada vez menos capaz de regular las relaciones sociales por intermedio de sus agencias normales, es decir, la policía y el ejército; se vio obligada a recurrir a las bandas de voluntarios (las Centurias Negras con sus pogromos contra los judíos, armenios, estudiantes, obreros y otros). En respuesta, los obreros y distintos grupos nacionales comenzaron a organizar sus destacamentos de autodefensa. Estos hechos señalaron el comienzo de la revolución.

En Europa la cuestión de los destacamentos obreros armados surgió recién hacia el fin de la guerra; en EE.UU. posteriormente. En todos los casos, sin excepción, fue y es la reacción capitalista la que comienza a crear organizaciones de combate especiales, que coexisten con la policía y el ejército del Estado burgués. Esto se explica por cuanto la burguesía es más previsora e implacable que el proletariado. Bajo la presión de las contradicciones de clase, ya no confía plenamente en su propio Estado, puesto que las manos del Estado están hasta cierto punto atadas por las normas "democráticas". El surgimiento de organizaciones combatientes "voluntarias" cuyo objetivo es la liquidación física del proletariado es el síntoma ineluctable de que ha comenzado la desintegración de la democracia, debido a que los viejos métodos ya no sirven para regular las contradicciones de clase.

Las esperanzas de los partidos reformistas de las Internacionales Segunda y Tercera

<sup>18</sup> y de los sindicatos de que los órganos del Estado democrático los defenderían del fascismo ha resultado ser siempre y en todas partes una ilusión. Durante las crisis serias, la policía mantiene invariablemente una postura de amistosa neutralidad, si no de colaboración directa, hacia las bandas contrarrevolucionarias. Sin embargo, la gran vitalidad de las ilusiones democráticas hace que los obreros inicien muy lentamente la organización de sus destacamentos de combate. La designación "autodefensa" corresponde plenamente a sus intenciones, en el primer período al menos, porque el ataque se origina invariablemente en las bandas contrarrevolucionarias. El capital monopolista, que las respalda, lanza una guerra preventiva contra el proletariado, para incapacitarlo de hacer la revolución socialista.

El proceso por el cual se engendran los destacamentos obreros de autodefensa está indisolublemente ligado a la lucha de clases en el país, por ello, refleja sus inevitables agudizaciones y moderaciones, alzas y reflujos. La revolución no llega a la sociedad mediante un proceso parejo e ininterrumpido, sino a través de una serie de convulsiones separadas por períodos definidos, a veces prolongados, en que las relaciones políticas se modifican a un grado tal que la sola idea de revolución parece no tener nada que ver con la realidad.

De acuerdo con esto, la consigna de unidades de autodefensa obtendrá a veces una respuesta de simpatía, y otras parecerá una voz clamando en el desierto, y luego, después de un tiempo, adquirirá nueva popularidad.

Este proceso contradictorio se observa sobre todo en Francia en el curso de los últimos años. Resultado de la crisis económica, la reacción pasó abiertamente a la ofensiva en febrero de 1934. Las organizaciones fascistas experimentaron un rápido crecimiento. Por otra parte, la idea de la autodefensa ganó popularidad en el seno de la clase obrera. Hasta el Partido Socialista reformista se vio obligado a crear algo parecido a un aparato de autodefensa.

La política del "Frente Popular", es decir, la postración total de las organizaciones obreras ante la burguesía, postergó el peligro de revolución para el futuro indeterminado y le permitió a la burguesía sacar el golpe fascista de la agenda. Además, habiéndose librado de los peligros internos inmediatos y encontrándose nuevamente ante un creciente peligro externo, la burguesía francesa comenzó a explotar, para sus fines imperialistas, el hecho de que la democracia había sido "salvada".

Una vez más se proclamó que la guerra que se avecinaba era una guerra para

---

18- *La Segunda Internacional* (o Internacional Obrera y Socialista) fue organizada en 1889 como sucesora de la Primera Internacional (o Asociación Internacional de Obreros), que existió entre 1864 y 1876 y estaba dirigida por Karl Marx. Era una asociación de partidos socialdemócratas y obreros, que reunía elementos revolucionarios y reformistas. Su rol progresivo terminó en 1914, cuando la mayoría de sus secciones violaron los principios socialistas más elementales y apoyaron a sus gobiernos imperialistas en la Primera Guerra Mundial. Desapareció durante un tiempo pero la resucitaron como organización totalmente reformista en 1923. La Tercera Internacional (Internacional Comunista o Comintern) fue organizada en 1919 bajo la dirección de Lenin como sucesora revolucionaria de la Segunda Internacional.

preservar la democracia. La política de las organizaciones obreras oficiales asumió un carácter abiertamente imperialista. La sección de la Cuarta Internacional, que había dado un gran paso adelante en 1934, sintióse aislada en el periodo subsiguiente. El llamado a la autodefensa obrera quedó suspendido en el aire. ¿De quién iban a defenderse? Después de todo, la "democracia" había triunfado en toda la línea... La burguesía francesa había entrado en esta guerra bajo la bandera de la "democracia" y con el apoyo de todas las organizaciones obreras oficiales, lo que le permitió al "radical socialista" Daladier <sup>19</sup> crearle inmediatamente una apariencia "democrática" a un régimen totalitario

La cuestión de las organizaciones de autodefensa renacerá en las filas del proletariado francés con el incremento de la resistencia revolucionaria a la guerra y al imperialismo. El subsiguiente desarrollo político de Francia, y también de otros países, en la actualidad está indisolublemente ligado a la guerra. El incremento del descontento de masas dará lugar al principio a la más salvaje represión desde arriba. El fascismo militarizado acudirá en ayuda de la burguesía y de su poder estatal. El problema de la organización de la autodefensa quedará planteado como cuestión de vida o muerte para la clase obrera. Esta vez hay que suponer que habrá cantidad suficiente de fusiles, ametralladoras y cañones en manos de la clase obrera.

Fenómenos parecidos, aunque menos chocantes, se revelaron en la vida política de Estados Unidos. Después de que los éxitos de la era de Roosevelt cedieron, traicionando todas las expectativas, a una caída brusca a partir del otoño de 1937, la reacción empezó a pasar al frente en forma abierta y combativa. El alcalde Plague <sup>20</sup> se convirtió rápidamente en una figura "nacional". Los sermones pogromistas del padre Coughlin <sup>21</sup> recibieron amplio eco. El gobierno demócrata y su policía retrocedieron ante las bandas del capital monopolista. En este periodo la idea de destacamentos militares para la defensa de las organizaciones y prensa obreras comenzaron a obtener respuesta entre los obreros más conscientes y el sector más amenazado de la pequeña burguesía, sobre todo los judíos.

El nuevo reanimamiento económico, que comenzó en julio de 1939, relacionado obviamente con la expansión armamentista y la guerra imperialista, revivió la fe de las Sesenta Familias <sup>22</sup> en su "democracia". A ello se agregaba, por otra parte,

---

19- *Edouard Daladier* (1884-1970), un radical-socialista, fue primer ministro francés en 1933 y 1934, año en que un intento de golpe de Estado fascista lo alejó del gobierno. Fue ministro de guerra de León Blum, y posteriormente otra vez primer ministro, firmando como tal el Pacto de Munich con Hitler.

20- *Frank P. Hague* (1876-1956) fue alcalde por el Partido Demócrata de Jersey City durante treinta años, de 1917 a 1947. En la década del 30 su gobierno, notoriamente corrupto, utilizaba el poder estatal y la violencia policial, con la ayuda de matones, para impedir la organización local de la CIO (Congress of Industrial Organizations), la nueva organización sindical que surgía en oposición a la burocratizada AFL (American Federation of Labor).

21- *El Padre Charles E. Coughlin*, un cura católico, comenzó su carrera con un programa radial local en Detroit en la década del 20. Durante la depresión se convirtió en vocero del incipiente movimiento fascista de los Estados Unidos, dirigente de su "Unión Nacional por la Justicia Social" y admirador confeso de la Alemania nazi. Su política antiobrera y antisemita encontró respaldo en los altos círculos capitalistas y católicos.

22- *Las Sesenta Familias*: se trata de una referencia a un libro del norteamericano Ferdinand Lundberg, escrito en la década del treinta, *América's Sixty Families*, en el que se deja en

el peligro de que Estados Unidos se viese arrastrado a la guerra. ¡No era el momento de hacer olas! Todos los sectores de la burguesía estrecharon filas tras una política cautelosa y de preservar la "democracia". La posición de Roosevelt en el Congreso se fortalece. Hague y el padre Coughlin retrocedieron al fondo de la escena. Al mismo tiempo el Comité Dies <sup>23</sup>, al cual ni la derecha ni la izquierda prestaban seria atención en 1937, ha adquirido en los últimos meses considerable autoridad. La burguesía nuevamente se opone "tanto al fascismo como al comunismo"; quiere demostrar que puede controlar cualquier "extremismo" por métodos parlamentarios.

En estas circunstancias es inevitable que la consigna de autodefensa obrera pierda su poder de atracción. Después de un comienzo alentador, parecería que la organización de la autodefensa obrera ha entrado a una vía muerta.

En algunas partes es difícil atraer la atención de los trabajadores sobre el problema. En otras, donde grandes cantidades de obreros se han unido a los grupos de autodefensa, los dirigentes no saben qué hacer con la energía de los trabajadores. El interés flaquea. No hay nada de raro o asombroso en ello. Toda la historia de las organizaciones obreras de autodefensa es una historia de periodos alternados de alza y reflujo. Ambos reflejan los espasmos de la crisis social.

Las tareas del partido proletario en el ámbito de la autodefensa obrera surgen de las condiciones generales de nuestra época y de sus fluctuaciones particulares. Es muchísimo más fácil atraer sectores relativamente amplios de la clase obrera a los destacamentos de combate en momentos en que las bandas reaccionarias atacan piquetes, sindicatos, la prensa obrera, etcétera. Pero cuando la burguesía considera mejor abandonar las bandas irregulares y poner en juego los métodos "democráticos" de dominación de las masas, el interés de los obreros en las organizaciones de autodefensa disminuye inevitablemente. Eso es lo que está pasando ahora. ¿Significa esto que en estos casos debemos abandonar la tarea de armar a la vanguardia obrera?

De ninguna manera. Ahora, que ha comenzado la Guerra Mundial, nos basamos más que nunca en la ineluctabilidad e inminencia de la revolución proletaria mundial. Esta idea fundamental, que distingue a la Cuarta Internacional de las demás organizaciones obreras, determina todas nuestras actividades, incluidas las relacionadas con la organización de destacamentos de autodefensa. Esto no significa, empero, que no tomemos en cuenta las fluctuaciones coyunturales tanto políticas como económicas, con sus flujos y reflujos temporarios. Si uno parte nada más que de la caracterización de conjunto de la época, ignorando sus etapas concretas, es fácil caer en el esquematismo, el sectarismo o la fantasía quijotesca. Ante cada viraje serio de la situación ajustamos nuestras tareas básicas a las condiciones concretas de la etapa dada. En ello reside el arte de la táctica.

---

descubierto que, en líneas generales, el poder económico de los Estados Unidos estaba en mano de este reducido sector.

23- *Martín Dies* (1901-1972), un demócrata de Texas, enca-bezó en 1939 el House Un-American Activities Committee (HUAC-Comité contra las Actividades Antiamericanas). La izquierda y los liberales lo odiaban porque servía como foro para "denunciar" a estos grupos y exigir que se los ilegalizara.

Necesitaremos cuadros partidarios que se especialicen en cuestiones militares. Deben, por tanto, continuar su trabajo práctico y teórico en esta época de "reflujo". El trabajo teórico debe consistir en el estudio de la experiencia de las organizaciones militares y de combate de los bolcheviques, de los nacionalistas revolucionarios irlandeses y polacos, de los fascistas, de la milicia española y otras. Debemos elaborar un programa de estudios y una biblioteca temática, organizar conferencias, etcétera.

Al mismo tiempo el trabajo de organización debe proseguir sin interrupción. Debemos reunir y estudiar recortes periodísticos y otros informes relativos a cada tipo de organización contrarrevolucionaria y a la vez de grupos nacionales (judíos, negros, etcétera) que en un momento crítico pueden desempeñar un papel revolucionario. Esto concierne, en realidad, a un sector sumamente importante de nuestro trabajo, dirigido a defendemos de la GPU.

Precisamente debido a la situación tan difícil en que se halla la Comintern -y en buena medida el servicio secreto exterior de la GPU, que recibe el apoyo de la Comintern-, podemos esperar que la GPU dirija golpes terribles a la Cuarta Internacional. ¡Debemos ser capaces de descubrirlos y evitarlos a tiempo!

Junto con este trabajo altamente restringido, reservado a los militantes del partido, debemos crear organizaciones abiertas, amplias, para distintas clases de objetivos, ligadas de una u otra manera a las futuras tareas militares del proletariado. Esto significa los distintos tipos de organizaciones obreras deportivas (para atletas, boxeadores, tiradores, etcétera) y, por último, sociedades corales y musicales. Cuando cambie la situación política, todas estas organizaciones subsidiarias pueden servir de base inmediata para formar destacamentos obreros de autodefensa más amplios.

En este bosquejo de programa para la acción, partimos de suponer que la situación política del momento, sobre todo el aflojamiento de la presión del fascismo local, deja márgenes estrechos para el trabajo de auto-defensa. Y ése es el caso en la medida en que se trata de crear destacamentos militares estrictamente clasistas.

Un vuelco decisivo a favor de la autodefensa obrera sobrevendrá únicamente con la caída de las ilusiones democráticas que, bajo las condiciones de la Guerra Mundial, podría producirse rápidamente y asumir proporciones catastróficas.

Pero, en compensación, la guerra está abriendo, en este preciso instante, posibilidades para el entrenamiento militar de trabajadores que en épocas de paz serían inconcebibles. Y esto es válido no solo para la guerra sino también para el periodo que la precede.

Es imposible prever de antemano todas las posibilidades reales, pero éstas aumentarán día a día con la expansión de las fuerzas armadas nacionales. Debemos prestar la mayor atención a este asunto, creando para ello comisiones especiales (o confiando el asunto a la secretaría de autodefensa y ampliándola cuando sea necesario).

Sobre todo debemos aprovechar a fondo el interés en problemas militares que la guerra suscita y organizar una serie de conferencias sobre armamentos contemporáneos y métodos tácticos. Las organizaciones obreras pueden utilizar para esto los servicios de especialistas militares que no tengan vínculo alguno con el partido ni con sus fines. Pero ese es sólo el primer paso.

Debemos utilizar los preparativos bélicos del gobierno para entrenar militarmente al mayor número posible de militantes del partido y sindicalistas por él influenciados. A la vez que mantenemos nuestro objetivo fundamental -la creación de destacamentos militares clasistas- debemos ligar su cumplimiento a las condiciones creadas por los aprestos bélicos de los imperialistas.

Sin desviarnos en lo más mínimo de nuestro programa, debemos hablarles a las masas en un lenguaje que éstas entiendan. "Los bolcheviques también queremos defender la democracia, pero no la que controlan sesenta reyes sin corona. Primero limpiemos nuestra democracia de magnates capitalistas y luego la defenderemos hasta la última gota de sangre. Ustedes, que no son bolcheviques, ¿están realmente dispuestos a defender esta democracia? Pero deben ser capaces, al menos, de hacer todo lo posible para defenderla sin ser instrumentos ciegos en manos de las Sesenta Familias y los oficiales burgueses que están a su servicio. La clase obrera debe aprender la ciencia militar para que el mayor número posible de oficiales surja de sus filas.

"Debemos exigir que el Estado, que mañana exigirá que los obreros viertan su sangre, les de hoy a los obreros la posibilidad de dominar la técnica militar lo mejor posible, para lograr los objetivos militares con el menor gasto posible de vidas humanas.

"Para alcanzar ese objetivo no bastan el ejército regular y los cuarteles. Los obreros deben tener la oportunidad de recibir instrucción militar en las fábricas, talleres y minas en momentos específicos, pagados por los capitalistas. Si los obreros están destinados a ofrendar sus vidas, los patriotas burgueses pueden al menos hacer algún pequeño sacrificio material.

"El Estado debe darle un fusil a cada obrero capaz de portar armas e instalar polígonos de tiro con fusiles y artillería para los fines de la instrucción militar en lugares accesibles a los trabajadores."

Nuestra agitación en relación a la guerra y toda nuestra política en relación a ésta debe ser tan implacable con los pacifistas como con los imperialistas.

"Esta guerra no es nuestra. La responsabilidad de la misma es exclusivamente de los capitalistas. ¡Pero mientras no poseamos la fuerza para derrocarlos y debemos pelear en las filas de su ejército, debemos aprender a utilizar las armas lo mejor posible! "

Las obreras también deben tener el derecho de portar armas. La mayor cantidad posible de obreras debe tener la posibilidad de recibir instrucción como enfermeras

a expensas de los capitalistas.

Así como todo obrero explotado por los capitalistas trata de aprender las técnicas de producción lo mejor posible, cada soldado proletario en el ejército imperialista debe aprender el arte de la guerra lo mejor posible, para que cuando la situación cambie lo pueda utilizar en beneficio de los intereses de la clase obrera.

No somos pacifistas. No. Somos revolucionarios. Sabemos muy bien qué nos espera.

## Los obreros deben aprender las artes militares

(Tomamos este artículo del Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial, que Trotsky redactó para la Conferencia de Emergencia de la Cuarta Internacional, celebrada en mayo de 1940. Aprobado por la Conferencia, se publicó al mes siguiente en Socialist Appeal, periódico de la sección norteamericana de la Cuarta Internacional.)

La militarización de las masas se intensifica día a día. Repudiamos la grotesca pretensión de liquidar esta militarización mediante protestas pacifistas huecas. Todas las grandes cuestiones de la próxima etapa se resolverán armas en mano. Los trabajadores no deben temer a las armas; por el contrario, deben aprender a utilizarlas. Los revolucionarios no se separan del resto del pueblo en épocas de guerra, así como no lo hacen en la paz. Un bolchevique trata de ser no solo el mejor sindicalista sino también el mejor soldado.

No queremos permitirle a la burguesía que a último momento lance soldados sin entrenar o entrenados a medias al campo de batalla. Exijimos que el Estado de inmediateamente a los trabajadores y desocupados la posibilidad de aprender a manejar el fusil, la granada de mano, la ametralladora, el cañón, el avión, el submarino y demás herramientas de guerra. Se necesitan escuelas militares especiales estrechamente vinculadas con los sindicatos para que los obreros puedan convertirse en hábiles especialistas en el arte militar, capaces de ejercer puestos de mandó.

## Acerca de la conscripción

(“Acerca de la conscripción” es una carta publicada en Fourth Internacional en octubre de 1940. Estaba dirigida a Albert Goldman, que escribía entonces una serie de artículos sobre la conscripción en el Socialist Appeal.)

Estimado camarada Albert:

Creo que estamos de acuerdo en todas las cuestiones de principio que, formula en su carta del 6 del corriente.

Es muy importante comprender que la guerra no anula ni disminuye la importancia de nuestro programa de transición. Todo lo contrario. El programa de transición es un puente entre la situación actual y la revolución proletaria. La guerra es una continuación de la política por otros medios, La característica de la guerra es que acelera el proceso. Significa que nuestras consignas revolucionarias tradicionales se volverán cada vez más inmediatas, efectivas e importantes con el paso de cada mes de guerra. Sólo debemos adaptarlas y concretarlas de acuerdo a la situación. Es por eso que en el primer párrafo yo eliminaría el término “modificar” porque puede dar la impresión de que debemos hacer alguna modificación de principio.

Estamos totalmente a favor de la instrucción militar obligatoria y la conscripción. ¿Conscripción? Sí. ¿Por el Estado burgués? No. No podemos dejar este trabajo, y ningún otro, en manos del Estado de los explotadores. En nuestra propaganda y agitación debemos diferenciar estas cuestiones tajantemente. Esto es, no luchar contra la necesidad de que los obreros sean buenos soldados, ni contra la construcción de un ejército basado en la disciplina, la ciencia, un mando fuerte y demás, incluida la conscripción, sino contra el Estado capitalista que abusa del ejército, poniéndolo al servicio de la clase explotadora. En el cuarto párrafo usted dice: “Una vez que se legalice la conscripción, dejamos de luchar contra ella pero seguimos luchando por la instrucción militar bajo control obrero, etcétera”. Yo preferiría: “Una vez aprobada la ley de conscripción, sin dejar de luchar contra el Estado capitalista, concentramos nuestra lucha en el entrenamiento militar, etcétera”.

No podemos oponernos a la instrucción militar obligatoria por parte del Estado burgués, así como no nos podemos oponer a la educación obligatoria por parte del Estado burgués. Para nosotros la instrucción militar es parte de la educación. Debemos luchar contra el Estado burgués; contra sus abusos en este terreno como en cualquier otro.

Debemos, por supuesto, luchar contra la guerra no solo “hasta último momento” sino también durante la guerra misma. Pero debemos darle a nuestra lucha antibélica su contenido revolucionario, oponiéndonos y denunciando implacablemente el pacifismo. La muy simple y gran idea de nuestra lucha contra la guerra es: nos oponemos a la guerra pero tendremos guerra si somos incapaces de derrocar a los capitalistas.

No veo por qué debemos renunciar al referéndum popular sobre la guerra. Es una excelente consigna para desenmascarar la inutilidad de su democracia cuando surge un problema tan vital como la guerra.

No creo que la consigna de guardias de defensa obrera quede eliminada por la consigna de educación militar para todos. El acercamiento de la guerra y la guerra misma con los sentimientos chovinistas que suscita provocará inevitables pogromos contra los sindicatos y las organizaciones y prensa revolucionarias. No podemos abandonar nuestra propia defensa. La instrucción universal sólo nos facilitará la creación de guardias de defensa obreras.

“Propiedad gubernamental de todas las industrias bélicas” debe ser reemplazado por “propiedad nacional” o “estatal”.

Eso es lo que puedo decir en relación a su carta.  
Fraternalmente.

L. Trotsky